EL HUÉRFANO Ó EL NIÑO MENDIGO.

EPISODIO EN UN ACTO Y EN PROSA,

TOMADO DE UNA LEYENDA ALEMANA,

Y ACOMODADO ESPRESAMENTE

PARA LA MUY HABIL Y APLAUDIDA ACTRIZ

SEÑORITA DOÑA PILAR ROS,

POR

DON LAUREANO SANCHEZ DE GARAY.

VENTA EN MADRID:

LIBRERÍA DE DON JOSÉ CUESTA, CALLE DE CARRETAS.

MADRID:
IMPRENTA DE DON JOSÉ CUESTA,
calle del Factor, número 14.

1862.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	Payá é hijo.
Algeciras. . . .	Joarizti.
Alicante.	Lloret.
Almería.	Alvarez.
Aranjuez. , . . .	Santistéban.
Avila.	Gomez.
Bailen.	Moreno Sellés.
Badajoz.	Coronado.
Barcelona. . . .	Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Búrgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Verdugo, Morillas y Compañía.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Perales.
Ciudad-Real. . .	Acozta.
Coruña.	Lago.
Cartagena. . . .	Muñoz.
Calatayud. . . .	Hidalgo y Ucelay
Chiclana.	Cañizares.
Ecija.	Isla.
Figueras.	Bosch.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Junquera.
Granada.	Zamora.
Guadalajara. . .	Oñana.
Habana.	Uriarte.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno é hijo.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Hidalgo.
Jeréz.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Portarius.
Lugo.	Viuda de Pujol y hermano.
Lorca.	Gomez.
Logroño.	Brieba.
Loja.	Cano.
Málaga.	Laá.
Mataró.	Clavel.
Murcia.	Herederos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Lorente.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos
Palma.	Gelabert.
Pamplona. . . .	Los Rios y Barrena.
Pontevedra. . .	Hernando.
Puerto de Santa Maria.	Gomez.
Puerto Rico (Mayagües). . .	Mestre y Tomas.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlúcar.	Oña.
San Fernando. .	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Savoié.
Santander. . . .	Hernandez.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Perez Rioja.
Segovia.	Revilla.
San Sebastian. .	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca. . . .	Huebra.
Segorbe.	Mengort.
Tarragona. . . .	Font.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel. . . , . .	Baquedano.
Tudela.	Izalzu.
Talavera.	Castro (Sanchez).
Valencia.	Moles.
Valladolid. . . .	Hijos de Rodriguez.
Vitoria.	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Úbeda.	Bengoa.
Zamora.	Fuertes.
Zaragoza.	Viuda de Heredia.

[332:10]

EL HUÉRFANO

Ó

EL NIÑO MENDIGO.

EPISODIO EN UN ACTO Y EN PROSA,

TOMADO DE UNA LEYENDA ALEMANA,

Y ACOMODADO ESPRESAMENTE

PARA LA MUY HABIL Y APLAUDIDA ACTRIZ

SEÑORITA DOÑA PILAR ROS,

POR

DON LAUREANO SANCHEZ DE GARAY.

MADRID:
IMPRENTA DE DON JOSÉ CUESTA, FACTOR, 14.
1862.

PERSONAS.

ROBERTO, viejo, villano.
CARLITOS, creido su hijo, de siete á ocho años.
PEDRO, niño, villano, de ocho á diez años.
EL CORONEL DE BREET.
LAURA, su esposa.
UN SARGENTO.
UN CABO.
SANTIAGO, desertor.
Soldados. Un tambor. Dos ordenanzas del Coronel.

La escena pasa en una campiña de Baviera.

La propiedad de este episodio, pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirle ni representarle en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de *Don Francisco Rubio*, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Campiña abierta por todos lados; una colina en el fondo, llena de nieve; á la izquierda una cabaña. Está nevando.

ESCENA PRIMERA.

CARLITOS.

(Vestido de pobre, con una varita en la mano, y una escudilla de madera. En los hombros tendrá una especie de chaqueta grande, desgarrada.) Qué frio! Cuanta nieve! Qué trabajo! Pobre padre mio! He gastado en valde todo el dia; me volverás á ver lleno de hambre y sin nada en el bolsillo. Oh! qué fatal oficio es el esperar de la compasion ajena el sustento propio! El rico que no conoce la miseria está casi siempre sordo á los ruegos del pobre. Tengo los piés entumecidos y las manos muertas de frio! (Frotándose las manos.) Ay de mí! no puedo ni aun calentarme porque me acosa el hambre. Paciencia! Sabe el cielo cuanto tiempo debo estar aun sin comer! (Pausa.) Carlitos, siempre piensas en tí solo y no te acuerdas que tu pobre padre tendrá hambre, y estará con cuidado por tu tardanza... qué le llevaré? qué le diré? Ah! Dios mio! no tengo fuerzas para verle sin llevarle socorro. Encomendémonos al cielo! (Se arrodilla.) Dios, que ves á Carlitos, tú que conoces mi gran miseria, socórreme con tu munificencia. (Se levanta.)

Me sentaré aquí hasta que pase alguno que me socorra para dárselo á mi pobre padre. (Se sienta sobre una piedra.)

ESCENA II.

CARLITOS, SANTIAGO.

SANTIAG. (De soldado, entra jadeante y asustado.) Cielos! Donde corro? donde voy? fugitivo, desertor, perseguido, sin saber el camino, sin estar práctico en los montes... Cielos! cielos! en qué abismo me he precipitado! Si al menos pudiese... qué veo! es una casa!... encontraré alguno á quien preguntar?... todo es preciso para salvarme. (Se dirije hácia la cabaña.)

CARLIT. Donde vais señor?

SANTIAG. Oh! buen niño, dime, qué habitacion es esa?

CARLIT. De un pobre trabajador.

SANTIAG. Vive algun soldado ahí dentro?

CARLIT. Soldado! qué quiere decir soldado?

SANTIAG. Oh Dios! Gente vestida como yo!

CARLIT. Oh señor: vos sois el primero que veo vestido así.

SANTIAG. Respiro! Vive alguien ahí, ahora?

CARLIT. Mi padre.

SANTIAG. Vamos á verle! (Va á entrar.)

CARLIT. Pero qué quereis?

SANTIAG. Socorro... ayuda...

CARLIT. Bueno es esto! (Riendo.) Socorro de un pobre! ayuda de un indigente!

SANTIAG. Yo no quiero dinero, no deseo pan; solo necesito un vestido por caridad.

CARLIT. Mejor? (Riendo.) De verdad, señor que me haceis pasar la tristeza; qué quereis que os dé mi padre, si no tiene mas que hambre? tomad esto que es cuanto poseo. (Se quita la chaqueta.) Me la ha dado él, para que me guarezca algo de la nieve, y así cubierto pido limosna para comer: juzgad si estamos en el caso de vestiros.

SANTIAG. Ah! todo, todo me sirve... dádmelo por caridad.

CARLIT. Os burlais! Qué oigo! Vos que estais tan bien vestido en

comparacion de nosotros! vuestro traje es hermoso... y el nuestro roto, pobre...

SANTIAG. Ah! esta chaqueta vale un tesoro!

CARLIT. Un tesoro! lo que es ser un ignorante; nos creíamos pobres y teníamos un traje que vale un tesoro! Oh! siendo así perdonad, no os le doy. Diantres! quiero advertir á mi padre de este tesoro. (Hecha á andar.)

SANTIAG. No, no querido mio, no me entiendes: este traje que os parece tan hermoso, es fatalismo para mí... he cometido una falta... debo escaparme... y el tuyo me salva la vida.

CARLIT. Cuanto tengo, no digo un vestido, ni un tesoro equivale á la vida de un hombre. (Suena un tambor.)

SANTIAG. Ay de mí! el tambor suena!

CARLIT. Qué es eso?

SANTIAG. Nada... Cielo santo!... ayúdame... pronto... toma... no digas nada á nadie... esconde este uniforme... El cielo te recompensará. (Mientras habla, le ayuda Carlos á quitarse la levita y ponerse la chaqueta; sale corriendo.)

CARLIT. El cielo me recompensará! y entre tanto se lleva mi tesoro! No importa; he hecho una buena accion; he salvado la vida á un hombre; mi padre me lo agradecerá. Estoy contento... Pero me dice que esconda este vestido... me prohibe decir... Vírgen pura! será delito vestirse de este modo! (Guardando el uniforme.) Qué hermoso es! Si me estuviera bien, qué guapo estaría yo! ah! paciencia... no siempre sucederá lo mismo... algo me valdrá esto. (Hace un lio y le pone al pié de una piedra.)

ESCENA III.

PEDRO, CARLITOS.

PEDRO. (Con un cesto, dentro del cual hay requeson y leche.) Carlitos...

CARLIT. Adios Pedro.

PEDRO. Vaya! siempre triste! ponte alegre! no ves como nieva! quieres que nos divertamos haciendo bolas?

CARLIT. Tienes ganas de divertirte, porque tienes el vientre lleno, pues yo no; estoy en ayunas aun!

PEDRO. En ayunas! toma, toma querido amigo Carlitos, este pedazo de pan que me sobró de la cena. Dame tu cazolita, y te daré un poco de leche y un pedazo de requeson. Al venderlo despues mermaré la dosis á los compradores y así mi amo no lo conocerá.

CARLIT. Yo no consiento que por hacerme un bien, se lo quites á quien te dé dinero; no, no querido, si haces eso el cielo te puede castigar.

PEDRO. El cielo podria castigarme si empleara mal lo que dé de menos; pero quitando una gota á tantos, y con estas gotas hacer una caridad al pobre Carlos, el cielo no puede enfadarse. Dios es justo, y lo mirará como un rasgo de humanidad. Dame, dame, no tengas asco. (Le da leche.) Tienes bastante?

CARLIT. Demasiada.

PEDRO. Bebe, caliéntate el estómago.

CARLIT. Si... (Bebe.) está frio!... (Vuelve á beber.) Oh! qué bueno está.

PEDRO. Toma un pedazo de requeson.

CARLIT. Despues que...

PEDRO. Darás tambien á tu padre. Adios. Voy á la feria vecina... á propósito! he visto muchos soldados y cañones que han pasado por el otro lado de la colina.

CARLIT. Yo no he visto nada; ni sé lo que quiere decir soldados ni cañones; he oido hace poco mucho ruido, que hacía tá, tará, tará tá.

PEDRO. Eso era un tambor.

CARLIT. Qué es un tambor?

PEDRO. Es un instrumento así: (Lo figura con las manos.) los palillos hieren y manda aquel sonido que oiste, y á su son todos los soldados se mueven, con el fusil y con el sable; oh! qué hermoso es!... Cuando vuelva de la feria, iremos juntos á verlo. Adios, adios. Estate alegre Carlitos. (Sale.)

ESCENA IV.

CARLITOS, *despues* ROBERTO *desde la cabaña.*

CARLIT. Que esté alegre! sí, ahora que me he reanimado un poco.

Esta es la recompensa de la buena accion que he hecho, salvando la vida á un hombre. El angel de mi guarda me ha mandado leche. Si yo pudiera salvar alguna cosa mas preciosa, estoy seguro que la Providencia me mandaria dinero... pero qué hay de mas precioso que la vida de su semejante? mi padre me lo ha dicho. No hay nada mas caro, no. Luego la leche es preciosa y vale un tesoro! Vamos pronto á tranquilizar á mi padre. (Echa á andar.)

ROBER. Eres tú Carlitos?

CARLIT. Venia á buscaros querido padre. Gracias al cielo os traigo un poco de leche, requeson y pan.

ROBER. Bendita mil veces sea la Providencia celeste.

CARLIT. He ido al pueblo inútilmente. Qué frio he pasado!... Estaba rezando... encomendándome á Dios... cuando... mirad: pero no me lo agradezcais; he dado vuestra chaqueta que vale un tesoro...

ROBER. Un tesoro!... qué chaqueta?...

CARLIT. Aquella que me habiais dado para guarecerme de la nieve.

ROBER. Pero cómo valia un tesoro?

CARLIT. Yo no sé... así me han dicho y así os lo digo.

ROBER. Tonto... y cómo fué eso?

CARLIT. Me dió en cambio esto. (Enseña el uniforme.)

ROBER. Quién te ha dado ese uniforme? (Con sorpresa.)

CARLIT. A quien he dado la chaqueta.

ROBER. Era un soldado?

CARLIT. No sé. Solo sé que se puso mi chaqueta y me dió la suya.

ROBER. Pobre de mi! Qué has hecho?

CARLIT. He hecho mal?

ROBER. Sí, muy mal. Has hecho mi ruina.

CARLIT. Vuestra ruina! (Pausa.) Entonces el cielo no recompensa las buenas acciones! (Llorando.)

ROBER. Que blasfemia estas diciendo!

CARLIT. Porqué pues mandarme leche? si hubiera obrado mal, debia castigarme.

ROBER. Tu no obraste mal por voluntad, sino por ignorancia. Escucha querido mio. Este uniforme era de un soldado del Rey, un defensor de la patria, un guarda de la ley; el

infame fugándose, ofende al soberano, ha vendido á la patria, despreciado la ley, la honra, el deber, la religion. Dime... y esto no merecia castigo? Ha seducido tu inesperiencia; tu ignorancia te ha vendido...

CARLIT. (Reflexionando.) Escuchad padre mio; concedo que aquel hombre sea un pícaro: pero si se hubiese llegado á vos y con las lágrimas os hubiese dicho: buen hombre he cometido una falta, salvadme del castigo, vuestro vestido me salva la vida, libradme... Qué le hubiérais dicho? qué le hubiérais respondido? Estoy persuadido que si Carlos ha dado su chaqueta, su padre le daria la camisa.

ROBER. Ah! hijo mio! hijo mio! conserva esas ideas, y...

CARLIT. Ya veis, pues, si he hecho bien; aceptad la compensacion del bien que he hecho.

ROBER. Si querido mio, comeré, pero ahora no quiero; llévalo á casa, calientate y espera. Sobre todo esconde bajo el jergon ese uniforme y por caridad no digas á nadie nada.

CARLIT. No, no. Si quereis alguna cosa llamadme. Señor ayudad á mi padre y al pobre Carlos. (Sale.)

ROBER. Criatura inocente! hubo un alma tan insensible que te abandonó al mundo, en medio del estrago y de la sangre... para que yo te encontrase llorando? Entonces contabas pocos dias de vida, tus padres te han hecho desgraciado, infeliz. (Suena el tambor mas cerca.) Este ruido me hace recordar que tengo un hijo soldado, cielos! si vive, haced que pueda volverle á ver, antes de morir.

ESCENA V.

ROBERTO *y* UN SARGENTO *con un piquete de soldados.*

SARGEN. Decidme buen viejo, no hay una casa mejor que la cabaña, en esta comarca?

ROBER. Dos millas mas allá hay un pueblo. Por aquí no hay mas que mi choza.

SARGEN. Qué contiene?

ROBER. Una sola pieza.

SARGEN. No es decente para nuestro Coronel. Cabo, avisad á la

compañía, que desplegue su tienda... tardará poco en llegar en su coche: nuestro regimiento hasta nueva orden, deberá acampar en esta llanura. (Sale el Cabo.) Esta choza servirá para nosotros, no es verdad buen viejo?

ROBER. Os la cedo con gusto. Estareis mal porque yo no estoy mejor.

SARGEN. No importa, se agradece; seamos hermanos y procuremos nuestro bien; decidme, teneis vino?

ROBER. No señ... á que sirve que os lo diga; entrad y vereis mi fogon, un jergon, dos sillas y una mesita.

SARGEN. Pero de qué vivís?

ROBER. Vivo de la caridad del bien hechor, en compañía de un chico.

SARGEN. Diablo! A esa edad teneis un niño! Pero no será...

ROBER. He! señor!... Si os dijera!... pero dejemos por caridad esto... Decidme de que rejimiento sois?

SARGEN. Soy sargento del primer batallon, que manda el coronel Breet.

ROBER. Jefe del regimiento. (Con ansiedad.)

SARGEN. Si.

ROBER. Oh! Dios... decidme vive?... está bueno?... oh! aun con vos... tiemblo la respuesta!

SARGEN. Pero de quién hablais?

ROBER. De Santiago Sivars.

SARGEN. Sivars?... ese vive. El infame ha desertado hace dos horas.

ROBER. Desertado!

SARGEN. Sí.

ROBER. Oh! Dios!

SARGEN. Le habeis visto?

ROBER. Me siento morir. (Cae sentado en la piedra.)

SARGEN. Que tiene ese viejo!

ESCENA VI.

DICHOS, CARLITOS.

CARLIT. Padre mio qué teneis?... Oh! Dios, está muerto? Padre, padre mio! ah! cruel! me le habeis matado! pobre de mí, pobre Carlos!

SARGEN. Es gracioso... No está muerto, no. Tu padre vive, mira ya respira; tengo sospechas!

CARLIT. Pobre padre mio, contadme, decidme que ha sido, como... Quiero vengarle.

ROBER. Nada, hijo mio, nada.

SARGEN. Pero decid, conoceis á Sivars?

ROBER. Le conozco... Pero le habeis vuelto á ver?

SARGEN. No; pero van en su busca muchos soldados.

ROBER. Y si le encuentran?

SARGEN. La muerte será su recompensa.

ROBER. (Qué angustia! qué dolor!) para el corazon de un padre!

CARLIT. Muerto! quién ha de morir, padre mio?

ROBER. Un infeliz.

CARLIT. Porqué?

ROBER. Porque es un infeliz.

CARLIT. Y porque es un infeliz debe morir? y es culpa suya ser infeliz? Padre mio, debíamos morir por ser infelices?

ROBER. Quien sabe hijo mio, quien sabe!

CARLIT. Quien sabe! ah! pobre Carlos!... y vos señor (Al sargento.) porqué quereis matar al desgraciado? considerad que si es un infeliz, cualquiera le habrá insultado, matad pues al que tubo la culpa y no al desgraciado.

SARGEN. Me hace reir este chico! mas las palabras del viejo encierran un misterio... Oh! mirad al señor Coronel, que baja de su coche.

ESCENA VII.

EL CORONEL, LAURA, DOS ORDENANZAS *y* DICHOS.

CORON. Está acampado todo el regimiento?

SARGEN. Todo señor; solamente que como no hay habitacion digna de vos en este contorno, he mandado desplegar vuestra tienda. Miradla.

CORON. Bien.

SARGEN. Yo y este piquete, nos alojaremos en esta cabaña.

CORON. Retiraos.

CARLIT. Qué bien vestido está ese señor! qué fisonomía tan dulce! (Mirando al Coronel.)

SARGEN. Buen viejo, venid á introducirnos en vuestra cabaña.

ROBER. Vamos. (Cielo, tened compasion de mí y protejed á mi hijo.) Ven Carlitos.

CARLIT. Dejadme aquí padre mio. (Vase el Sargento y los soldados.)

ROBER. Ven digo; obedece. (Coje á Carlos de la mano y sale.)

CORON. Laura mia, mi dulce compañera, cuando veré brillar en tu rostro aquella tranquilidad, que te hacía doblemente querida á mi tierno afecto? No solo participo de tu dolor, sino que recuerdo aquí la pérdida inesperada del tierno fruto de nuestro lejítimo amor...

LAURA. Oh! amigo mio! ocho años han pasado, y la certeza de mi irreparable desgracia comenzaba á disiparse poco á poco, con ayuda tuya, y aminoraba mi pena; pero la vista de estosl ugares, testigos fatales de mi pérdida, me traen á la memoria mi tierno hijo, que me fué arrancado del seno... Oh! hombres crueles! todo lo inventó la guerra, para hollar gustosa la mísera humanidad! Oh! mi dolor no puede entenderlo nadie mas que una madre. No tè acuerdas de aquel dia...

CORON. Todo, querida mia, lo tengo presente; estábamos acampados al pié de aquella colina, una noche oscura, tenebrosa; todo estaba tranquilo cuando el enemigo nos asalta inesperadamente. Que horror! que estrago! nuestros soldados nadaban en su sangre, el hierro y el fuego, destruye nuestro campamento. Tu apretando entre tus brazos á nuestro niño huías conmigo. Yo medio muerto y herido, te defendia combatiendo; lo tengo presente; de pronto tropiezas, caes, y un tumulto de hombres te oprimen; yo te hago un escudo, te alzo en mis brazos pero la noche, el terror, y los gritos demasiado tardíos hacen recordar que nuestro niño ha desaparecido y nuestras pesquisas fueron vanas. Él quedó en el degüello, y nosotros en la angustia de una pérdida irreparable.

LAURA. Quien sabe! un rayo de esperanza me hace latir el corazon. Si pudiera interrogar en estos sitios y descubrir...

CORON. Acrecentarias inutilmente el dolor. No tengas, querida mia, esperanza alguna; no te abandones á vanas quimeras, para prolongar mas el golpe, y desesperarte aun.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* CARLITOS.

CARLIT. (Escondido desde la cabaña.) (No puedo resistir al deseo de ver á estos señores!) (Se adelanta.) Que bellos son!... Aquella señora tiene cierto aire de importancia. Si no fuera estraño mezclarme en su conversacion... (voy á atreverme.) (Mirando la espada del Coronel.) Qué será aquello que tiene al lado ese señor! que bonito! (Se adelanta sin ser visto y coje la dragona de la espada del Coronel.)

CORON. Que... quien... que es esto?

CARLIT. Ay de mi! socorro, socorro. (Huyendo.)

CORON. Detente bribonzuelo.

CARLIT. Señor me habeis asustado!

CORON. Te enseñas á robar?

CARLIT. Robar! Dios me libre! robar señor! Qué palabra habeis dicho! sabed que si fuérais un niño como yo, os haría arrepentir de vuestra espresion! soy pobre, es verdad, pero soy un niño honrado. (Con mucho sentimiento.)

CORON. (Oh! Cuanta fuerza tienen sus palabras!)

LAURA. Que fisonomía tan espresiva tiene este niño.

CORON. Vamos, vamos, no te enfades mi amigo: ya ves que te llamo amigo.

CARLIT. Ay señor! El pobre difícilmente es amigo del rico.

CORON. Porqué?

CARLIT. Porque... Porque no siempre es bueno decir la verdad.

LAURA. (Talento raro!)

CORON. Quién te ha enseñado esas máximas superiores á tu edad?

CARLIT. Mi padre; y me lo repite todos los dias y lo tengo bien presente.

CORON. Tienes padre?

CARLIT. Y qué padre! Es pobre, sí, pero es el padre mas querido de todos los padres.

CORON. (Me interesa este niño.)

LAURA. (Su fisonomía es tan interesante...) Habla querido mio... Qué querias?

CARLIT. Oh! Que amable sois! Dejad que os bese la mano. (Laura quiere retirar la mano.) No tengais reparo, tengo las manos limpias, mirad, me las lavo dos ó tres veces al dia. (Besa la mano.) Que el cielo os bendiga. Venia á pediros limosna.

CORON. Limosna? Eres pues pobre?

CARLIT. Mas aun, soy mendigo.

LAURA. Pero tu padre no trabaja?

CARLIT. Tiene setenta años, como quereis que pueda trabajar?

CORON. Y tu madre?

CARLIT. No tengo madre.

LAURA. No tienes madre? (Con ansiedad.)

CARLIT. No, porque si la hubiera tenido, mi padre me lo hubiera dicho.

CORON. Habrá quedado huérfano de madre.

CARLIT. Huérfano!.. Huérfano!.. Qué quiere decir huérfano?

CORON. (Me divierte este inocente.) Dime, donde vive tu padre?

CARLIT. Allí, en aquella cabaña.

LAURA. Querido esposo, pregúntale... Habla con él... Es viejo y puede saber...

CORON. Sí, dices bien. (Saca el bolsillo.) Toma niño esta moneda, y vé á decir á tu padre que quiero hablarle. Mientras yo permanezca en estos contornos puedes ir á mi tienda á comer. Has entendido?

CARLIT. A vuestra tienda! Donde vivís?

CORON. Allí, no la ves?

CARLIT. Y vos señor vivís allí? Y cuando llueve?

CORON. Cuando llueve no se moja.

CARLIT. Oh! Qué bonito! (Mirando la moneda.) Pero me habeis engañado señor? (Apurado.)

CORON. Como engañado?

CARLIT. Sí, porque mi padre y Carlitos tienen hambre y el hambre es una cosa que no espera, y con esto no podemos comer.

CORON. Como! Con dos monedas de oro...

CARLIT. Pero quién quereis que tome este juguete?

CORON. Todo el mundo, querido mio, todo el mundo.

CARLIT. Todo el mundo! Yo no lo he visto nunca: ¿esto vale dos sueldos?

CORON. Equivale casi á mil; son dos coronas.

CARLIT. Coronas!... Mil sueldos?... Oh! Que gusto! Que gusto! Voy á ver á mi papá! (Se dirige hácia la cabaña y luego se vuelve.) Esto es providencia del cielo... Porque esta mañana... Oh! Qué alegría, qué consuelo... Esta mañana... He salvado la vida á un hombre... Vestido así... Así... Y en verdad que me ha dicho mi padre que no diga nada. Voy á ver á mi papá. (Corriendo hácia la cabaña.)

ESCENA IX.

ROBERTO *desde la cabaña*, DICHOS.

ROBER. Carlos!... Carlos!... Quieres enfadarme con tu desobediencia!

CARLIT. Oh! papá, tengo una cosa muy bonita!

ROBER. Qué tienes?

CARLIT. El señor me ha dado por limosna dos co... cor... Como se dice?

ROBER. A ver?... Estas son dos coronas.

CARLIT. Coronas, eso es lo que me han dicho.

ROBER. Oh! Cuanto tiempo hace que no he tenido oro en mis manos!

CARLIT. Oro! Qué es oro?

ROBER. Ha! Hijo mio, es el metal mas precioso que hay en la tierra, con el cual se compra la vida y á veces la muerte; es el que produce la guerra, el que arruina las familias, la causa del mal, que hace envidiar al que no tiene y que ocasiona á la humana sociedad todos los desastres posibles.

CARLIT. Es tan bonito y hace tanto mal?

ROBER. Porque las cosas bonitas no siempre son buenas.

CARLIT. Que vaya pues al diablo este metal. Lo aborrezco desde ahora; me gustan mas dos sueldos de cobre que dos coronos de oro. (Las arroja.)

CORON. (Que habrá estado atento todo el diálogo.) Buen hombre, vuestras lecciones á este niño, son buenas, es verdad; pero debiais antes de inspirarle desprecio por el oro, inspirarle la gratitud á quien se lo da.

ROBER. Ah señor! La gratitud nace con la beneficencia en las almas sensibles, y este niño la siente de otro modo. Perdonad si...

CORON. No, no, no me ha ofendido.

CARLIT. Ofenderle! Yo señor!... Si supierais padre mio que buenos son estos señores! Yo desearía que fueran mas pequeñitos... yo daría...

LAURA. Decidme, buen hombre, sacadme de una curiosidad. Es hijo vuestro este niño?

ROBER. Señora, si os he de decir verdad...

ESCENA X.

EL SARGENTO *con la ropa de* SANTIAGO, *saliendo de la cabaña, y* DICHOS.

SARGEN. Señor, he descubierto el engaño. Este viejo ha ocultado al fugitivo Sivars. Mirad sus vestidos. Al echarme en el jergon he encontrado esto debajo... Tiene el nombre de Sivars, como es costumbre de todos poner el nombre.

ROBER. Mísero de mí!

CORON. Habeis ocultado á un desertor. (Con cólera.)

ROBER. Ah! Señor! Soy inocente!

SARGEN. Eres un pícaro, ya ves la evidencia del hecho.

CORON. Moderaos sargento. Y vos hablad. Como se encuentra allí este uniforme?

ROBER. Señor, no lo sé: una circunstancia, una casualidad, creedme, no tengo la culpa... A menos que el fugitivo fuese... (Oh! Dios! No se si haré bien... No se si haré mal... No se donde estoy!)

CORON. Vuestra confusion prueba vuestra culpa. Hablad ó vive el cielo... (Con cólera.)

CARLIT. Vamos, vamos, siendo tan bueno quereis... Yo hablaré, diré como ha sido. Escuchadme pues. Estaba yo señor...

SARGEN. Quién te mete á ti á hablador?... Calla...

CORON. Déjale hablar.

CARLIT. Si señor, dejad que hable; me toca hablar y á vos callar. Estaba aquí, dando diente con diente de frio, sentado en

aquella piedra, encomendándome al cielo, cuando un hombre vestido... vestido así... (Señalando al Sargento.) Se me presenta. Despues de algunas preguntas me ruega que le dé la chaqueta de papá que tenia yo en los hombros... Yo no queria; pero el buen hombre lloraba, yo soy sensible y sus lágrimas me caian en el corazon, y despues de alguna resistencia se la doy; en esto suena una cosa así... (Toca el tambor.) Que hacía tará, tará, entonces me suplica que le ayude... Me la quito... Se la doy... le visto y con mil bendiciones me lleva mi chaqueta y me deja este maldito vestido. Esta es la pura verdad; mi padre está inocente; si hay culpa, castigadme á mí solo, tenedme sin comer aunque sean dos dias, estaré contento si este sacrificio reporta bien á un desgraciado.

LAURA. Espíritu celestial, me encantas y me enamoras.

CARLIT. Pero hacedme el favor de no tocar á papá. (Se arrodilla.)

CORON. No, no, descuida; tu inocencia, la verdad que en tu rostro aparece te disculpa y te salva. Pero sabe que si tuvieras seis años mas no escaparias al rigor de la ley: tenlo presente en lo sucesivo y que te sirva esto de leccion.

CARLIT. Lo que es para estas cosas, siempre seré niño. (Riendo.)

CORON. Qué trae aquel piquete? (Mirando.)

SARGEN. Será algun preso.

ESCENA XI.

UN CABO, SANTIAGO *en medio de un piquete, y* DICHOS.

CABO. Señor Coronel, el desertor de esta noche ha sido preso y está en nuestro poder.

CORON. Que se presente. (Santiago avanza.)

CARLIT. Mirad la chaqueta de papá.

ROBER. Justo cielo! Me engaño! Santiago?

SANTIAG. Que voz!...

ROBER. Hijo mio! Hijo mio!

SANTIAG. Ah! Padre mio! Padre mio! (Roberto cae sobre la piedra y Santiago se arrodilla á sus piés.)

ROBER. Me siento morir!

LAURA. Que será esto!

CORON. Estraña aventura!

CARLIT. Calla, calla, tiene otro hijo mi padre, no soy yo solo!

SARGEN. Comandante; qué hacemos?

CORON. Y puedo eximirme de mi deber? Lo que ha pasado me confunde, pero es preciso obedecer. Que se reuna en el instante mi estado mayor, y que el desgraciado quede sujeto á la ley y al tribunal.

SARGEN. Dividíos. (A los soldados.)

ROBER. Ah! Hijo mio!

SARGEN. Es un malhechor, debe sujetarse á la ley.

SANTIAG. Ah! Padre! Por veros he desertado, por veros voy á morir.

CARLIT. No morirás, no querido... Cómo debo llamarle? (A Roberto.)

ROBER. Es hermano tuyo.

CARLIT. Un hermano mio, morir! No, el corazon me dice que no. Verdad señor que no morirá?

CORON. Sargento, salid.

SARGEN. Marchen!

SANTIAG. Padre mio, encomendadme al cielo, señor Coronel, tened compasion de mi.

SARGEN. Marchen. (Salen con Santiago en medio de los soldados.)

CARLIT. Marchen, marchen... (Repitiéndolo con despecho.) que caritativo es el señor marchen.

LAURA. Ay esposo! Quieres acrecentar la tristeza de este dia? no eres tú el dueño del regimiento? no eres tú el árbitro? darias la sentencia de muerte para un desgraciado?

CORON. Aunque soy dueño, no puedo evadir la ley; ella lo quiere; se reunirá el consejo de guerra, yo escucharé y dictaré lo que la humanidad me sugiera.

ROBER. Ah señor! la bondad con que me habeis favorecido hace poco me hace atrever á arrojarme á vuestros piés. Sé cuan justa es la ley militar. Vos solo podeis salvarle. Él por amor á mí, lo ha hecho, por verme. Su padre ha tenido la culpa, interesaos por mis lágrimas, muévaos mi llanto.

CARLIT. No llores, papá, no; no ves que haces llorar á este se-

ñor... diablo! condenais al hijo porque ha venido á ver á su padre. Cuantas veces seria yo reo... y cuantas veces dejo el puesto en que pido limosna por correr á sus brazos. Conque no morirá pues, mi hermano?

CORON. Pero si yo no veo mas que engaño en esto. Porque si es verdad que Sivars desertó solo por veros, no corrió á vuestros brazos en lugar de irse á otra parte?

ROBER. Hé aquí señor la fatal casualidad; cuando mi hijo fué soldado, yo vivia en el pueblo de Brintez, seis millas de aquí Mi miseria que crecía de dia en dia, me obligó á retirarme á esta cabaña. Mi hijo que no sabia nada, corria al pueblo y dejaba atrás al autor de sus dias.

LAURA. Bien, buen hombre; vuestras canas no merecen tanta desgracia; yo seré vuestra protectora.

CARLIT. Ya lo decía yo que erais una persona muy justa.

LAURA. Contadme la historia de este niño; puede interesarme; hablad francamente sin engaño, sin temor; me interesa hacer la suerte de vuestro hijo.

ROBER. Bien, señora, os diré la verdad. Cuando salía, como os dije del pueblo de Brintez, me retiraba despues de la terrible batalla que tuvo lugar en estos sitios, en la cual vuestro ejército fué sorprendido y deshecho hace cerca de nueve años; el estrago, la sangre, la carnicería, estaban esparcidas por la campiña, cuando estremecido de aquel horror... veo moribundo...

LAURA. Seguid, seguid...

ROBER. Cuando oigo el lloro de un niño, tocando los cuerpos frios, nadando en la sangre, tropezando en las armas, busco, rebusco y encuentro por fin á este infeliz pronto á espirar. Le cojo en mis brazos, con mi aliento trato de volverlo á la vida, y con cuidados paternos, le dí el mayor de los bienes en una mísera vida.

LAURA. Ah! este es mi hijo. (Gritando.)

CARLIT. Señora, no. (Retirándose.)

CORON. Ah! si, lo conozco!

CARLIT. No señor; antes que rico, no renuncio á mi pobre padre.

ROBER. Señores, me haceis dudar, como vuestro?.. como?..

LAURA. Decidme, no tiene ningun lunar en el pecho?

ROBER. Mirad, uno negro pequeñito. (Descubriéndole el pecho.)

LAURA. Ah! ya no dudo, yo le perdí, es mi hijo!

CORON. Este es el mayor de los consuelos!

ROBER. Oh Providencia divina!

CARLIT. Estoy confuso! el otro hijo tiene un padre y yo dos. Pero como sois mi padre y vos mi madre, si no os he visto, y vos sois ricos y yo pobre?

ROBER. Ah! Carlos mio! Estos son tus legítimos autores, aprende á respetarlos, como me respetabas á mí, que te tenia como padre.

CARLIT. Conque soy vuestro hijo? Decidme y seré mendigo?

LAURA. No, no sangre mia!

CORON. No, no amor mio!

CARLIT. Estoy contento. Alégrate papá, tú serás un señor como yo.

LAURA. Alma agradecida!

CORON. Con este ejemplo, quien es ingrato!

ESCENA XII.

EL SARGENTO, DICHOS.

SARGEN. Señor Coronel, el Consejo ha decidido de la vida de Sivars; hé aquí la suprema sentencia; falta solo vuestra firma.

CARLIT. Vaya un hombre miserable...

ROBER. Ah señor, piedad! compasion... os he salvado vuestro hijo; devolvedme el mio por caridad. (Se arrodilla.)

CARLIT. No morirá, no. Decidme, padre mio, no sois Coronel? Siendo yo vuestro hijo, no soy un Coronel pequeñito! Y bien, como Coronel pequeñito le hago gracia: alzaos y vos marchad. (Al Sargento.)

LAURA. Ah hijo mio! (Le abraza.)

CORON. Buen hombre, no soy insensible! Sargento, direis á mis oficiales que estimo mucho su justicia y subordinacion á la ley militar; que lo agradezco, pero que como jefe del regimiento, perdono al desertor Santiago Sivars. Yo mis-

mo informaré al estado mayor y le daré las gracias. Mandadme á Sivars.

CARLIT. Vamos, señor, obedeced, marchen, marchen. (Sale el Sargento.)

CORON. Hijo mio, á los consejos que Roberto te ha dado nada tengo que añadir, mas que la riqueza, con la cual ejercerás tu compasion con el mísero. Hijo mio, la vanidad es un defecto terrible é insoportable, sé docil con todos y respetuoso con tus superiores.

CARLIT. Padre mio, madre mia, me mostraré hijo amoroso y sumiso como lo fuí de Roberto y como quiero serlo siempre.

LAURA. Si, si, te creo, y te abrazo; vales un tesoro.

ESCENA XIII.

SANTIAG. (Se arrodilla.) Señor Coronel... padre mio... todo lo comprendo... cuanto os debo... mi vida es vuestra: mandad.

CARLIT. Te manda que vivas, querido hermano, sé agradecido á mi rico y nuevo papá.

CORON. Cabo, que lleven á este niño á mi tienda lo mas pronto, y que sea vestido de nuevo. Dad esta orden á mi ordenanza. Carlos veamos si eres agradecido.

CARLIT. Prometedme acceder á lo que quiera.

CORON. Te lo prometo.

CARLIT. Abrazadme, pues. Dejadme primero cumplir mí deber besando vuestras manos. (Besa al Coronel y á Laura.) Roberto y su hijo Santiago son inseparables de mí; el primero será mi maestro, el segundo mi amigo sincero; mi riqueza no me serviría si no la partiera con ellos. Y si fuí mendigo sensible, seré rico, compasivo: en esta base se funda mi eterna felicidad!

FIN DE LA COMEDIA.

CATÁLOGO

de la Administracion general de obras dramáticas y líricas,

de don Francisco Rubio,

calle de San Pedro Mártir, núm. 12, cuarto 2.º

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO.

Títulos de las obras.	Nombres de los autores.	Precios.
Al que se hace de miel.	D. Manuel García Gonzalez. . .	4
El huérfano ó el niño mendigo.	Laureano Sanchez de Garay.	4
Las pesquisas de mi suegro. . .	Manuel Garcia Gonzalez. . .	4
Los dos preceptores.	Manuel Breton de los Herreros.	4
¡Presente, mi general!	Luis Rievra.	4
Triana la Macarena.	Eugenio Sanchez de Fuentes.	4

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Achaques de la vejez.	D. Eulogio Florentino Sanz. . .	8
Don Tello de Guzman.	Manuel García Gonzalez. . .	8
El padre de familia.	Luis Rivera.	8
El honor y el trabajo.	Idem.	8
¡Españoles, á Marruecos! . . .	Diego Segura.	8
Las aves de paso.	Luis Rivera.	8
La princesita.	Laureano Sanchez de Garay.	8
Loco de amor.	M. de Cuendias.	8

ZARZUELAS EN UN ACTO.

Atala y Chactas.	Libreto.	D. Pedro Escamilla.	4
	Música (1).	Modesto Julian.	140
Cada loco con su tema.	Libreto.	Garaciliano de Puga.	4
	Música.	Manuel Crescj.	120
Casado y soltero.	Libreto.	Luis de Olona.	4
El amor y el almuerzo.	Idem.	Idem.	4
Gracias á Dios que está puesta la mesa.	Idem.	Idem.	4
La cotorra.	Idem.	Idem.	4
La pupila.	Música.	Joaquin Miró.	120
La cruz de los Humeros. . . .	Idem.	Manuel Crescj.	200
La zarzuela (Mitad).	Libreto.	Luis de Olona.	4
Las bodas de Juanita.	Idem.	Idem	4
Lo que de Dios está.	Idem.	Graciliano de Puga.	4
	Música.	Manuel Crescj.	140
Los dos ciegos.	Libreto.	Luis de Olona.	4
Pablito.	Idem.	Idem.	4
Por un paraguas.	Idem.	Luis García Luna.	4
	Música.	Lázaro Nuñez-Robres. . . .	140

---

(1) Toda partitura que se pida por los representantes de esta galería, se considera como vendida, y á los mismos han de responder de su importe.

EN DOS ACTOS.

Títulos de las obras.	Nombres de los autores.		Precios.
Bruschino.	Libreto.	Sres. Olona y Pina.	6
De incógnito.	Idem.	D. Cárlos Frontaura.	6
	Música.	Sres. Giosa y Cepeda.	300
El postillon de la Rioja.	Libreto.	D. Luis de Olona.	6
El resucitado.	Libreto.	Luis Rivera.	6
	Música.	Tomás Gonzalez Yañez. .	280
Entre mi mujer y el negro. . . .	Libreto.	Luis de Olona.	6
La cola del Diablo.	Idem.	Idem.	6

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Amor y misterio.	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
Amar sin conocer.	Idem.	Idem.	8
Catalina.	Idem.	Idem.	8
Campanone.	Libreto.	Sres. Frontaura y Rivera. . .	8
	Música.	Sres. Mazza y Di-Franco. . .	360
El arca de Noé.	Idem.	D. Manuel Crescj.	320
El valle de Andorra.	Libreto.	Luis de Olona.	8
El hijo de familia ó el lancero voluntario.	Idem.	Sres. Olona García Gutierrez y Ayala.	8
	Música.	Varios maestros.	300
El sargento Federico.	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
El juramento.	Idem.	Idem..	8
El paraiso en Madrid.	Idem.	Luis Rivera.	8
Galanteos en Venecia..	Idem.	Luis de Olona.	8
Los Magyares.	Idem.	Idem.	8
Los Circasianos.	Idem.	Idem.	8
Mis dos mujeres.	Idem.	Idem.	8
Un viaje alrededor de mi suegro. .	Idem.	Luis Rivera.	8

OBRAS.

Ecos nacionales..	D. Ventura Ruiz Aguilera. .	12
Veladas poéticas.	Id.	6
El beso de Judas.	Id.	6

Las tres obras anteriores, juntas, 16 rs.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

LA PRINCESITA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA ESPRESAMENTE

PARA LA PRECOZ Y DISTINGUIDA ACTRIZ

SEÑORITA DOÑA PILAR ROS,

POR

DON LAUREANO SANCHEZ DE GARAY.

VENTA EN MADRID:

LIBRERÍA DE DON JOSÉ CUESTA, CALLE DE CARRETAS.

MADRID:
IMPRENTA DE DON JOSÉ CUESTA,
calle del Factor, número 14.

1862.

PUNTOS DE VENTA EN PROVINCIAS.

Albacete.	Perez.
Alcoy.	Payá é hijo.
Algeciras. . . .	Joarizti.
Alicante.	Lloret.
Almería.	Alvarez.
Aranjuez. , . . .	Santistéban.
Avila.	Gomez.
Bailen.	Moreno Sellés.
Badajoz.	Coronado.
Barcelona. . . .	Mayol.
Bilbao.	Astuy.
Búrgos.	Hervias.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Verdugo, Morillas y Compañía.
Córdoba.	Lozano.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	Perales.
Ciudad-Real. . .	Acozta.
Coruña.	Lago.
Cartagena. . . .	Muñoz.
Calatayud. . . .	Hidalgo y Ucelay
Chiclana.	Cañizares.
Ecija.	Isla.
Figueras.	Bosch.
Gerona.	Dorca.
Gijon.	Junquera.
Granada.	Zamora.
Guadalajara. . .	Oñana.
Habana.	Uriarte.
Haro.	Quintana.
Huelva.	Osorno é hijo.
Huesca.	Guillen.
Jaen.	Hidalgo.
Jeréz.	Alvarez Aranda.
Leon.	Viuda de Miñon.
Lérida.	Portarius.
Lugo.	Viuda de Pujol y hermano.
Lorca.	Gomez.
Logroño.	Brieba.
Loja.	Cano.
Málaga.	Laá.
Mataró.	Clavel.
Murcia.	Herederos de Andrion.
Motril.	Ballesteros.
Mahon.	Vinent.
Orense.	Robles.
Oviedo.	Lorente.
Osuna.	Montero.
Palencia.	Gutierrez é hijos.
Palma.	Gelabert.
Pamplona. . . .	Los Rios y Barrena.
Pontevedra. . .	Hernando.
Puerto de Santa María.	Gomez.
Puerto Rico (Mayagües). . .	Mestre y Tomas.
Reus.	Prius.
Ronda.	Gutierrez.
Sanlúcar.	Oña.
San Fernando. .	Meneses.
Sta. Cruz de Tenerife.	Savoié.
Santander. . . .	Hernandez.
Santiago.	Escribano.
Soria.	Perez Rioja.
Segovia.	Revilla.
San Sebastian. .	Garralda.
Sevilla.	Alvarez y Comp.
Salamanca. . . .	Huebra.
Segorbe.	Mengort.
Tarragona. . . .	Font.
Toro.	Tejedor.
Toledo.	Hernandez.
Teruel. . . , . .	Baquedano.
Tudela.	Izalzu.
Talavera.	Castro (Sanchez).
Valencia.	Moles.
Valladolid. . . .	Hijos de Rodriguez.
Vitoria.	Hidalgo.
Villanueva y Geltrú.	Creus.
Úbeda.	Bengoa.
Zamora.	Fuertes.
Zaragoza.	Viuda de Heredia.

[332:11]

LA PRINCESITA.

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADA ESPRESAMENTE

PARA LA PRECOZ Y DISTINGUIDA ACTRIZ

SEÑORITA DOÑA PILAR ROS,

POR

DON LAUREANO SANCHEZ DE GARAY.

MADRID:
IMPRENTA DE DON JOSÉ CUESTA, FACTOR, 14.
1862.

PERSONAJES.

JACOBO I, Rey de Inglaterra y de Escocia.
LADY ARABELA, hija de Carlos Darnley, prima de Jacobo I, (12 á 13 años).
SIR ROBERTO CECIL, ministro.
WILLIAM SEYMOUR, paje, (15 años).
LORD DURLEY, caballerizo mayor de la princesa Arabela.
LORD MUNGO, mayordomo mayor de id.
GIB, antiguo servidor del Rey Jacobo.
MIS FLEMING, aya de la princesa Arabela.
ESTEFIN.
UN OFICIAL, cortesanos y criados.

La accion pasa en Londres, en White-Hall. 1605.

La propiedad de esta comedia, pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asímismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Los corresponsales de *Don Francisco Rubio,* dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de Lady Arabela. Al fondo, puerta principal y dos menos grandes. A la izquierda puerta que conduce á otras habitaciones de la Princesa. A la derecha, entrada de una galería secreta que comunica con el gabinete del Rey. Chimenea y mesa, sobre la cual hay una Biblia y recado de escribir. Gran sillon junto á la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

GIB, ESTEFIN *y dos* CRIADOS.

GIB. (Señalando la mesa á los dos criados.) Dejad esas cajas ahí... ahora salid. (Vanse.)

ESTEFIN. Gracias á Dios que nos vemos solos, señor Gib! Os agradezco infinito me hallais facilitado la entrada en este palacio de Waitol. Merced á este uniforme, podré presentarme al Rey y hacerle ver mis créditos.

GIB. Al fin y al cabo eres escocés como yo, y debo procurar que ya que has abandonado tu casa, para venir aquí desde la frontera de Escocia, no hagas inutilmente, un viaje tan largo.

ESTEFIN. Tambien el Rey es compatriota nuestro. Los escoceses hemos sido los que hemos dado tan buen Rey á Inglaterra. Mucho hemos temido, no nos lo hechasen á perder aquí.

GIB. Puedo asegurarte, yo que soy su servidor, hace largos

años, que Jacobo I, hijo de Maria Stuardo, es aun Jacobo VI de Escocia, siempre consagrado á estudiar y á hacer bien y amante de los niños como si fuese un padre de familia.

ESTEFIN. No es tan severo como en Escocia?

GIB. Todo al contrario; los cortesanos de la antigua Corte dicen que no tiene dignidad y murmuran de él; pero él se venga de ellos haciéndose idolatrar por su escesiva bondad.

ESTEFIN. Siempre el mismo! Dios le conserve mucho tiempo! Me alegro que sea así, porque vine con cierto recelo.

GIB. Pues y eso?

ESTEFIN. Porque al entrar en Inglaterra, he sabido que han ajusticiado á un hombre sin formacion de causa.

GIB. Era un ladron, cojido in fraganti. Verdad es que en ciertos momentos es severo; pero en el fondo es la suma dulzura. Ejemplo de ello, es su bondad con la Princesa Arabela.

ESTEFIN. Quién? La hija de Carlos Stuardo, aquella niña, encerrada en la Torre por la difunta Reina Isabel?

GIB. La misma, á quien ha puesto en libertad, á pesar de que los facciosos pretenden que la Princesita tiene derecho al Trono; mas el Rey no ha visto en ella, sino una pobre prisionera, niña aun, y se ha compadecido de ella, así como de otro niño, hijo de los sentenciados en el último reinado y compañero de prision de la Princesa... William Seymour. Ambos están aquí en Palacio con el Rey. Viven juntos, como cuando prisioneros y no solo reciben la misma educacion, sino que se quieren como antes.

ESTEFIN. Se aman y no cuentan aun catorce años? Bueno! bueno!

GIB. Crees acaso que el amor los une? No seas temerario! No, porque por privilegio hereditario y segun nuestras leyes de Escocia, puedas unir los amantes que cruzan la frontera, debes tu ahora...

ESTEFIN. Habla bajo.

GIB. Crees aun encontrar gentes á quien casar?

ESTEFIN. A propósito, y el aya de la Princesa, Mis Fleming, vuestra prometida?

GIB. Tan venerable como siempre, y tan sorda; pero ya no es mi prometida... hace treinta años que debimos habernos casado; pero he ya prescripto, segun dicen los legistas.

ESTEFIN. Y Mis Fleming, no se queja de vuestro abandono?

GIB. No solo se queja, sino que me persigue sin cesar, con un maldito contrato, que firmó y que lleva siempre consigo, confiando en que le he de firmar algun dia, por quitármela de encima.

ESTEFIN. Porqué no os casais con ella? porque es sorda?

GIB. (Sacando el reloj.) Porque nó me conviene. Las once, y el Rey vá á venir. Mira, vé á la sala en que hemos estado antes, y tráeme una caja que hay sobre la mesita de la chimenea.

ESTEFIN. (Inquieto.) Allá bajo, al fin de la galería izquierda?

GIB. Allí mismo. Tienes por ventura miedo?

ESTEFIN. En Escocia ó en la calle, no temo á nadie... pero aquí...

GIB. Qué temes?

ESTEFIN. Ya sabes que hay en Palacio quien no me quiere, á causa de mi interino estado.

GIB. Los Mamby?

ESTEFIN. Con esos ya estoy bien; en setiembre casé al hijo que desobedecia á su padre, y en octubre volveré á casar al padre que se burlaba de su hijo.

GIB. Vé y vuelve pronto. (Vase Estefin.)

ESCENA II.

GIB, *yendo á la mesa.*

Arreglemos estos papeles del Rey. Qué es esto? Ah! sus comentarios sobre el apocalipsis. (Examina papeles.) Y este?... receta contra las mordeduras de los perros rabiosos... Oh! Esto si que es bueno: un rondó compuesto por S. M. sobre la última votacion de la Cámara de los Comunes, la cual le ha negado subsidios. Que Rey tan bueno! En vez de enfadarse canta. Sin duda esperaba igual negativa del Parlamento, pues segun dicen ha aplazado la reunion.

ESCENA III.

GIB *y* ESTEFIN.

ESTEFIN. (Entra asustado.) Señor Gib! Señor Gib! Todo lo he visto!

GIB. El qué?

ESTEFIN. Un cadalso en el patio, cubierto de negro.

GIB. (Con frialdad.) Y qué tenemos con eso?

ESTEFIN. Qué, qué tenemos? Con que el Rey Jacobo que es tan bueno, levanta cadalsos en el patio de su Palacio y bajo sus mismas ventanas!

GIB. Por eso mismo viene el Rey á trabajar aquí, en la habitacion de la Princesa Arabela... para estar mas cerca de ese patíbulo.

ESTEFIN. Y para quién es ese patíbulo?

GIB. Para decapitar á lord Grey y á lord Coban.

ESTEFIN. Dos lores á la vez?

GIB. (Tomando un polvo.) A pares!

ESTEFIN. (Aparte.) Y toma polvo con esa serenidad! Prrrrr! Eso estremece! (Alto.) Y no os horrorizais?

GIB. Por qué? al contrario... pronostico que la mañana vá á ser buena. (Frotándose las manos.) Me siento alegre y contento.

ESTEFIN. (Aparte.) Está contento! Cómo cambian los hombres en la Corte! Oh! A qué habré venido aquí?

ESCENA IV.

DICHOS, EL REY, CECIL *y* UN UGIER.

UGIER. El Rey!

GIB. (Bajo á Estefin.) Vete de aquí. (Estefin se retira al fondo, Gib y el Rey en segundo término, y Cecil se acerca á la mesa.)

REY. (Entrando y hablando á Gib al oido.) Escucha, Gib.

ESTEFIN. (Aparte.) Quién dirá que es este el que manda levantar cadalsos bajo sus ventanas!

REY. (A Gib.) Puesto que me has comprendido, vete. (Vase Gib con Estefin.)

ESCENA V.

EL REY *y* CECIL.

(Cecil se sienta al lado en que están los papeles colocados en la mesa. El Rey se pasea con agitacion.)

REY. Sir Roberto, esos dos desgraciados lores, van á subir a cadalso, porque lo habeis querido.

CECIL. Señor, la justicia lo manda.

REY. Ellos persisten en decir que son inocentes... quiere decir, que darán lugar á que me tengan por un Calíbuga ó por un Neron.

CECIL. Muy conveniente habria sido que confesaran su crimen.

REY. Así los podria perdonar.

CECIL. No dudeis, señor, que son culpables, que han querido proclamar los derechos de la Princesita Arabela.

REY. (Encogiéndose de hombros.) Arabela? Una niña que corre tras las mariposas y que anda cogiendo Margaritas en el campo... sin duda que querría jugar á la gallina ciega con sus ministros.

CECIL. Señor, aunque ella lo ignore, esa niña tiene derechos al trono... si se hubiera casado con cualquiera de los jefes de la faccion, no seria el súbdito quien se levantaria contra su Rey, sino el marido de Arabela Stuardo, quien revindicaria en nombre de su esposa la Corona de Inglaterra.

REY. (Sentándose en el sillon.) Vuestros vaticinios son muy sombríos, Sir Roberto...

CECIL. Leed esas relaciones; asambleas de fanáticos católicos, se reunen en el Norte... en Londres reina una sorda agitacion; todos los partidos piensan valerse de los derechos de la Princesa, como un arma temible. Hasta los estranjeros, han comprendido el partido que se puede sacar de una pretendiente. El duque de Saboya es uno de los que piden su mano.

REY. De veras? Pobre primo!

CECIL. El duque de Parma tambien...

REY. Otro mas!.. ayer hizo otro tanto el Infante de España; el

otro dia fué el Archiduque de Austria... que se yo, hasta simples gentiles hombres han aspirado á su mano, por supuesto que todos esperan con eso llegar á ser el marido de la Reina que ellos quieren elevar al trono. Pobre niña! Cuan agena está de tales persecuciones! Cualquiera diria que porque jamás debe casarse, es por lo que tanto se obstinan en quererla por esposa. Si no me engaño, lord Burleig, vuestro padre, tambien proyectó uniros con Arabela.

CECIL. Señor, no recordeis eso.

REY. Para destruir toda tentativa ó proyecto parecido, condenó Isabel á la infortunada niña á una prision y á un celibato eterno! La prision la he abierto yo. (Levantándose.) Y en verdad, Sir Roberto, que fué un dia grande para mí... fuí á la torre, al sitio en que Arabela y William Seimour estaban presos... entré solo. En un rincon del patio, cercado de sombrías murallas, divisé á las dos criaturas. William, sentado en el suelo, descansaba su cabeza sobre las rodillas de Arabela, la cual se entretenia en hacerle trenzas de su cabello. Cuando me acerqué me miraron atentamente y sonriéndose. «Soy el Rey» les dije; Arabela, quereis ser libre? Añadí yo. Y William? Fué su primera palabra... William tambien! Oh! entonces si, esclamaron á la vez, corriendo á abrazarme y á cogerme las manos, en cuyo estado salimos los tres de la Torre de Londres.

CECIL. Señor... desde ese dia, amais á esas dos criaturas tanto como á Enrique de Gales, vuestro hijo.

REY. Es cierto, los amo porque son bellos y graciosos y porque el encanto de su alegre sencillez y candor, tiene para mi un atractivo irresistible.

CEGIL. Señor, debeis iros previniendo, pues dentro de poco tendreis que decir á la Princesa...

REY. Hombre inflexible!

CECIL. Mi deber me lo ordena.

REY. No te conmueve la suerte de esa niña?

CECIL. (Conteniéndose.) Señor, creeis que cuando mis deberes me llevaban á la Torre, permanecí insensible ante la belleza

y desgracia de Arabela, á quien un proyecto mio la privó de su libertad?

REY. La amais!

CECIL. Señor, mi deber me ordena deshechar tal idea.

REY. (Dándole la mano.) Bien Roberto!

CECIL. Tan rigoroso como he sido contra mí, lo seré contra todo aquel que por amor ó ambicion, aspire á una mano que no debe pertenecer á nadie.

REY. Hoy mismo empezaré á instruir á Arabela del triste porvenir que la espera. (Aparte.) Cuanto tarda Gib. (Alto y paseando.) Continuad.

CECIL. (Repasande los papeles.) Aquí están los informes tomados acerca de lord Durley, Caballerizo mayor de la Princesa y de lord Mungo, su mayordomo mayor.

REY. Qué dicen?

CECIL. Que nada ha hecho sospechar que tuviesen parte en la trama.

REY. Bien lo decía yo! los elejí espresamente. lord Durley es papista é inglés, y lord Mungo es puritano y escocés, ambos se detestan y se espian uno á otro.

CECIL. Siento rumores!.. Sin duda se terminó ya la ejecucion.

REY. (Aparte.) Así lo creo.

ESCENA VI.

DICHOS, GIB *y* WILLIAM.

GIB. (Entrando.) Ois señor? Gritan: «viva el Rey Jacobo!»

WILLIAM. (Entrando.) Tambien gritan: «viva el Salomon de Inglaterra!»

REY. Pobres gentes! Me llaman Salomon.

CECIL. Ese entusiamo pupular, probará á V. M. lo justo y necesario de esa medida.

REY. Por San Jorge! La medida justa y necesaria, que el pueblo acoge con tanto antusiasmo es...

WILLIAM. Es el perdon de los culpables!

CECIL. Que Dios os proteja y á vuestro trono despues de tal acto de...

REY. De debilidad, quereis decir? Donde faltan pruebas no debe recaer sentencia.

CECIL. Señor, yo tenia la conviccion moral.

REY. Eso no me bastaba ante mi pueblo. Era preciso la confesion de los culpables... Lord Grey ha subido al cadálso y en su última plegaria ha reconocido su crimen y lo justo de la sentencia. En esto se ha presentado Gib con un escrito mio que aparentaba únicamente cambiar el orden de la ejecucion. Se llevaron á lord Grey y persuadido lord Coban de que su cómplice habia ya muerto, hizo igual declaracion. Entonces á una señal dada, los dos hombres que se creian mútuamente muertos, se han encontrado cara á cara. El Scherif ha proclamado satisfecha la justicia del Rey, y mi pueblo se ha convencido de que pudiendo castigar con justicia, he perdonado con dignidad. Creo que he obrado como debia.

WILLIAM. Habeis hecho perfectamente.

REY. (Tirándole de la oreja.) De veras?

CECIL. (Despues de una pausa.) Señor, vos teneis derecho para perdonar... yo tambien tengo derecho para suplicar á V. M. admita mi dimision.

REY. Sir Roberto!

CECIL. Vuestra clemencia vá á dar lugar á que se aumenten los culpables y á que sea preciso juzgarlos sin piedad. Os ruego pues me permitais retirarme.

WILLIAM. (Aparte.) Qué hombre mas tenaz y mas seco!

REY. Y escogeis momentos tan graves para abandonarme?

CECIL. No puedo ser util á V. M.

REY. Vuestro Rey os suplica.

CECIL. (Despues de una pausa.) Si V. M. me permite le pida una garantía contra su bondad, permaneceré á su servicio.

REY. Si es justa os la ofrezco.

CECIL. Que me deis su real palabra de no conceder durante un año, ninguna gracia ni conmutacion de pena por cualquier crimen de lesa magestad.

REY. (Despues de reflexionar.) Concedido. Estais contento?

CECIL. (Besándole la mano.) Señor, mi valor y energía están á vuestro servicio.

WILLIAM. (Aparte.) Donde estará Arabela que no viene?

REY. Mirad, no habia caido en ello, pero mi clemencia vá á tener compensacion desde mañana. Los Comunes se obstinan en negar subsidios. El año pasado tuve que parafrasearles un testo de la escritura que dice: Toqué la flauta y no vailasteis. Canté mis lamentos y no habeis llorado...» Lo que equivalía á decir: os he pedido dinero y me lo habeis negado. Con gran trabajo me concedió el Parlamento quinientas mil miserables libras esterlinas. Creo que hoy al ver que soy un buen hombre, Jon Bul no se atreverá á cerrar tan fuertemente la caja.

GIB. (Viniendo del fondo.) Señor, lord Durley y lord Mungo, que preceden á la Princesa á corta distancia, suplican á V. M. daros las gracias.

REY. Que pasen.

WILLIAM. Nuestros dos Argos!

ESCENA VII.

DICHOS, LORD DURLEY, MUNGO, *luego* ARABELA y FLEMING.

REY. (A los dos lores.) Que hay milores! Vuelve bien de su espedicion á Winsor vuestra prima?

MUNGO. Tengo la felicidad de anunciar á V. M. que jamás su gracia ha estado tan contenta.

DURLEY. Yo debo declararos que su gracia, está mas triste que ordinariamente.

REY. (Bajo á Cecil.) Están acordes! Veis que bien he hecho en elegirlos.

WILLIAM. (Aparte viendo á Arabela.) Gracias á Dios!

ARABEL. (Entrando.) Buenos dias, tio mio.

REY. (Bajo.) Ahora no soy tu tio, sino tu primo... Entre nosotros llámame como quieras; pero ante la corte, ya te he dicho cien veces como has de llamarme.

ARABEL. (Alto.) Señor, presento mis respetos á V. M.

REY. (Bajo.) Muy bien... (Alto.) Querida prima, dentro de una hora tengo que comunicaros asuntos graves.

ARABEL. (Bajo.) Seran muy largos?

REY. (Bajo.) No. Arreglaremos una partida para esta noche con William... jugaremos los tres solitos, haré una escapatoria por la puerta secreta de mi gabinete.

ARABEL. (Bajo.) Jugaremos á los enigmas?

REY. (Bajo.) Si, pues tengo uno muy bueno. (Alto.) Esta noche á las seis recibo á mi corte... Cuando me presente en el salon, vendré á buscaros, querida prima. (Arabela se dirige á la chimenea donde están William y Fleming.)

CECIL. (Presentando una pluma y un papel.) Señor, firmad la orden enviando diez mil hombres al Norte, para contener á los tumultuosos.

MUNGO. (Aparte.) Qué oigo!

REY. (Firmando.) Que partan inmediatamente.

MUNGO. (Aparte.) Es preciso á todo trance, intentar hoy mismo con la Princesa el último esfuerzo.

CECIL. Cuando se abre el Parlamento?

REY. Dejadlo para mañana.

DURLEY. (Aparte.) Qué oigo.

REY. (Alto.) Nuestra querida prima nos acompañará.

DURLEY. (Aparte.) No hay tiempo que perder, mañana estalla el complot y es preciso hoy mismo...

REY. Sir Roberto, vamos á dar un paseo por Londres; creo conveniente que me vea hoy el pueblo. Venid milores. (Sale el Rey seguido de Cecil y de los dos lores.)

ESCENA VIII.

WILLIAN, LADY ARABELA *y* MIS FLEMING.

FLEMING. (Mirando á Gib, que sale con una cartera.) Ni siquiera me ha mirado! (Guardándose un papel.) Oh! Pobre contrato mio!

WILLIAM. Gracias á Dios, que nos dejan en paz.

FLEMING. (Tristemente,) Ea, Milady, esta es la hora de nuestra piadosa lectura.

ARABEL. Tan pronto? Qué fastidio!

FLEMING. Hoy tenemos que leer doble, pues ayer no hicimos nada.

WILLIAM. Hablaremos en vez de leer, pues es sorda.

ARABEL. No hemos de estar un instante solos.

FLEMING. (Toma la Biblia y se sienta junto á Arabela.) Quedamos en el viaje de Jacob.

WILLIAM. (Alto de rodillas sobre un almohadon.) Jacob, continuó su camino y llegó á Oriente. Se detuvo en un campo donde vió un pozo y tres rebaños de ovejas. (Fleming se duerme poco á poco.) (William baja la voz.) Que descansaban junto á un... (Como si leyera. Mira al libro.) Dios mio, que aburrimiento es el pasar así la vida!

ARABEL. Mas libres estábamos en la prision.

WILLIAM. Allí no habia Altezas ni gentiles hombres espiando nuestras acciones. (Fleming se mueve y William lee.) Jacob dijo á los pastores: «No conoceis á Laban el hijo de Nacor?..» Oh! Arabela cuanto mejor estábamos en la Torre.

ARABEL. Oye, he pensado en una cosa. Ambos somos huérfanos y nos queremos como hermanos; cuando no te veo estoy triste y tú cuando estás lejos de mi, lloras: hay un medio muy sencillo para no separarnos nunca.

WILLIAM. Cuál?

ARABEL. (Con candidez.) Toma! Casándonos!

WILLIAM. (Afligido.) Quien habia de consentirlo siendo tan niños.

FLEMING. (Despertando.) Oigo bien, pero leed un poquito mas alto.

WILLIAM. (Leyendo.) No conoceis á Laban, hijo de Nacor? Ellos respondieron: «Le conocemos.» Está bueno? dijo Jacob. Ellos respondieron: Laban está bueno.

ARABEL. Ya que Laban está bueno, hablemos de nuestro proyecto.

WILLIAM. Y quién vá á querer casarnos?

ARABEL. Eso es muy facil... verás.

WILLIAM. (Viendo á Fleming moverse.) Está bueno? dijo Jacob. Ellos respondieron...

ARABEL. Oyeme bien. El Rey nos quiere como si fuésemos sus hijos... iré en su busca y le diré con mucho ánimo: Tiito mio, William y yo, nos queremos como hermanos, y para no separarnos nunca, os pedimos nos caseis. Ya verás como se rie y nos concede esta dicha.

WILLIAM. Yo creo por el contrario, que se vá á enfadar al oirte.

ARABEL. No por cierto: además que lord Durley y lord Mungo me han hablado á escondites uno de otro, de mis derechos,

del bien del país y de un casamiento. Yo no comprendo una palabra de lo que me dicen; pero ya que hablan de casamiento, no debemos perder la ocasion.

WILLIAM. A nuestra edad no es posible se ocupen de tal cosa.

ARABEL. Si tal... les he oido decir que cuando el bien de la patria lo reclama, se casan los príncipes, aunque sean niños.

WILLIAM. (Oyendo toser á Fleming.) Ellos respondieron: Laban está bueno.

FLEMING. Ya os he oido dos veces decir que Laban está bueno.

UGIER. (Entrando.) La mesa está dispuesta.

WILLIAM. Que lástima! dejar una lectura tan interesante.

FLEMING. (Viendo entrar la masa.) Parad en ese versículo, señor page, la etiqueta no permite que asistais á la comida de su gracia.

ARABEL. (Bajo á William.) Aguanta un poco, que no hemos de tardar mucho en comer y pasear juntos.

WILLIAM. (Yéndose.) Hasta despues.

ESCENA IX.

ARABELA, FLEMING, DURLEY y MUNGO.

(Estos dos entran cuando sirven la mesa. Criados al fondo, y otros en escena presentando á los lores los diversos objetos del servicio.)

DURLEY. (Acercándose á Arabela.) Dígnese su gracia aceptar mi brazo. (Arabela toma el brazo para atravesar el teatro, y la dice bajo y de prisa.) Vuestros derechos están amenazados... solo puede salvar la Inglaterra el casamiento de que os he hablado.

ARABEL. (Sorprendida.) Es acaso el mio?

DURLEY. (Bajo.) Silencio y prudencia! Lord Mungo nos observa.

ARABEL. (Sentándose á la mesa.) No comprendo ni una letra. (Arabela presenta el vaso, y lord Mungo la pone agua.)

MUNGO. (Poniendo un plato sobre lo mesa.) La Escocia cuenta con vos, su casamiento puede dar la libertad al país; es preciso destruir á Babilonia.

ARABEL. (Sorprendida.) Qué Babilonia?

MUNGO. (Bajo.) Sigilo! Que lord Durley nos acecha.

ARABEL. (Aparte.) Cuanto me habia de reir con estos dos moscones, si estuviese aquí William.

DURLEY. (Bajo, poniendo otro plato.) Quisiera que me concediérais una entrevista para tratar de un asunto muy grave.

ARABEL. (Presentando el vaso.) Concedido.

MUNGO. (Bajo, acercándose y sirviéndola.) Tengo dos palabras que decir á vuestra gracia, y de alta importancia.

ARABEL. (Bajo.) Aprobado. (Aparte.) Qué par de abispas! Cada uno me pica cuando puede.

DURLEY. (Aparte.) A esta edad fácilmente se la alucina.

MUNGO. (Aparte.) Por ser Reina hará cualquier cosa.

ESCENA X.

DICHOS *y* EL REY.

UGIER. El Rey!

REY. (A Arabela.) No te levantes, niña.

ARABEL. (Levantándose.) Señor, me doy por muy contenta con poder salir.

REY. Qué tal ha comido la Princesa, milores?

DURLEY. Con mucho apetito.

MUNGO. Apenas ha probado nada.

REY. (Aparte.) Ved, aquí dos servidores, que jamás se unirán para hacerme traicion. (Alto.) Está bien, milores. (Ambos saludan y se van.) Mis Fleming, volved dentro de un instante.

FLEMING. Estoy muy buena... agradezco á V. M. el cuidado.

REY. (Alzando la voz.) Celebro que esteis buena; pero quisiera nos dejáseis solos un instante.

FLEMING. Oigo bien, señor, oigo bien. (Vase.)

ESCENA XI.

EL REY *y* LADY ARABELA.

ARABEL. (Aparte.) Qué buena ocasion para hablarle de nuestro proyecto!

REY. (Aparte.) No sé como decirla que jamás debe pensar en el

matrimonio. (Alto.) Oye, hija mia; ya vas siendo mayorcita y debemos de prevenirnos para lo sucesivo.

ARABEL. Justamente, quería yo hablaros de eso.

REY. De veras? Cuánto me alegro! Mira que lo que yo tengo que decirte es muy sério.

ARABEL. Lo mio tambien.

REY. No tanto como lo mio.

ARABEL. Os digo que sí.

REY. Yo te digo que no.

ARABEL. Pues yo repito que sí.

REY. Si no me dejas hablar, tu tendrás razon.

ARABEL. Hablad pronto.

REY. Primeramente es preciso que te diga que casi tienes derecho á la corona de Inglaterra.

ARABEL. (Riendo.) Yo?

REY. Tú misma.

ARABEL. (Riendo mas.) Con que tendré ministros y cortesanos de grandes bigotazos, que me besen la mano? Pondrán tambien mi retrato en los chelines. (Rie.)

REY. (Riendo tambien.) Y cuando el Parlamento se niegue á darte dinero, le reñirás?

ARABEL. (Riendo.) Qué divertido estais hoy tio mio! Y porqué tengo derechos á la corona?

REY. Eso te lo esplicaré mas tarde.

ARABEL. Y qué tenemos con eso?

REY. Que razones de estado exigen... pero vaya no te veo dispuesta á ocuparte de cosas sérias. (Aparte.) Abordemos la cuestion del celibatismo, pues esta política de la juventud la comprenderá facilmente. (Alto.) Dime hija mia, que es lo que mas te ha llamado la atencion de la vida de la Reina Isabel?

ARABEL. Su estupidez y crueldad en encerrarme en la Torre, así como al pobre William.

REY. Por San Jorge que dices bien! Harto lo sé personalmente! Hablemos de la mujer y no de la Reina.

ARABEL. Acaso una Reina cruel no es tambien una mujer idem?

REY. (Aparte.) Vaya unas salidas que tiene la niña! (Alto.) Pues no la consideremos ni como mujer ni como Reina.

ARABEL. Entonces, qué es lo que queda de esa señora?

REY. (Aparte.) Veo que no es tan facil como yo pensaba. (Alto.) Considerémosla bajo su celibatismo. Pues á no dudarlo, este ha sido su primer título de gloria.

ARABEL. Su primer título de gloria?

REY. Lee sino nuestros historiadores. Entre ellos á nuestro gran Sespir... verás como todos la llaman la gloriosa Celibata, la victoriosa Celibata, la invencible Celibata... siempre Celibata...

ARABEL. Creo, tio mio, que habria podido ser Reina victoriosa, gloriosa é invencible, aunque hubiese sido casada.

REY. (Aparte.) Con que naturalidad y firmeza lo sostiene. (Alto.) Yo creo que no.

ARABEL. Cómo que no?

REY. Cien y mil veces que no! Si esa gran Reina hubiese sido casada, crees tú que habria tenido tiempo, no solo de hacer tan grandes cosas, sino para entregarse al cultivo de las bellas letras, traduciendo en latin dos tragedias de Sofloques y tres discursos de Demóstenes?

ARABEL. Pero tio!...

REY. Habria compuesto epígramas en griego, aclarado los pasajes mas oscuros del Lycophon y otras mil cosas?

ARABEL. (Incomodada.) Pues yo no quiero traducir á Sofloques ni á Demóstenes, ni á ninguno de esos imbéciles autores á que me venis ahora con esas bagatelas?

REY. (Aparte.) Diantres de niña, que resolucion tiene! (Alto.) Te contaba todo eso, Arabelita, para convencerte que no hay cosa mejor en el mundo, que el celibatismo... toda vez que por precision has de ser soltera.

ARABEL. Cómo! No he de poderme casar yo?

REY. Eso es imposible! Razones de estado lo exigen.

ARABEL. Sabed, tio mio, que cuando se me antoje casarme, me burlaré de las razones de estado, y haré mi santa voluntad.

REY. (Aparte.) Cáspita! (Alto.) Señorita... Nadie puede burlarse de las razones de estado.

ARABEL. Abandonaré el país.

REY. Es que no os lo permitirán.

ARABEL. Pues me escaparé cuando menos lo piensen.

REY. Eso no es obrar bien.

ARABEL. La peor accion de todas, es el despotismo.

REY. (Siguiéndola hácia su habitacion.) Es preciso obedecer...

ARABEL. Puesto que tales razones de estado traeis, ya no sois mi tio.

REY. Escúchame.

ARABEL. Ni jugaremos esta noche á los enigmas.

REY. No te vayas sin manifestarme lo que tienes que decirme.

ARABEL. Ya nada.

REY. Absolutamente nada?

ARABEL. Sí... tenia que deciros, que sois un horrible tirano. (Vase á su aposento corriendo.)

REY. Pobre niña... Quizás crea que me chanceo. No comprende lo mucho que siento el aflijirla... Pues á su perspicacia de niña, no se le oculta lo triste que es el celibatismo forzoso. Lo mejor será enviarla Sir Roberto Cecil... que cargue con su enojo nuestro ministro responsable.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

WILLIAM, ARABELA.

ARABEL. (Saliendo de su habitacion.) Te he visto entrar.

WILLIAM. (Que entró por el fondo.) Consiente el Rey?

ARABEL. Ni por soñacion.

WILLIAM. Le has dicho que era conmigo?

ARABEL. No por cierto, pues me puse colérica.

WILLIAM. Contra el Rey?

ARABEL. Si tal... Cuando le iba á pedir que nos uniera, se puso á hablarme de la difunta Reina, diciéndome que no habia estado mas glorioso ni mas digno de admiracion, que el de soltera; que así podia uno traducir el griego, el latin y comentar á tanto charlatan de escritor como hay en el mundo... En una palabra, que no tenia mas remedio que morir soltera.

WILLIAM. Y por qué?

ARABEL. Que se yo! Por razones de estado ó no se que cosa.

WILLIAM. Bajo ese pretesto, hizo Isabel perecer á mi padre, y nos encerró á los dos en la Torre... Oh! No me queda mas remedio que morir.

ARABEL. No es el mejor medio para que nos casen! Si nos hubiéramos acobardado de ese modo en la prision, no habríamos llegado á vernos, á pesar del celo de nuestros car-

celeros. No recuerdas que nos dijeron: «El niño estará en una pieza y la niña en otra.» Pues bien, conmoviendo á los duros de corazon y haciendo morisquetas á los cariñosos y compasivos, hemos engañado su vigilancia y hemos pasado horas enteras el uno al lado de otro.

WILLIAM. Te acuerdas del pasillo que yo tenia que asaltar para irte á ver?

ARABEL. De milagro no te has roto la cabeza veinte veces.

WILLIAM. Se brincar como un saltamontes. Pero vaya, quien está contra nosotros, sepamos.

ARABEL. Todo el mundo incluso el Rey.

WILLIAM. Y con quién contamos?

ARABEL. Tu conmigo y yo contigo.

WILLIAM. Pocos somos para podernos casar. No podremos contar con Mis Fleming?...

ARABEL. Para qué nos sirve una sorda?

WILLIAM. Cállate. Lord Mungo y lord Durley, no se separan de ti.

ARABEL. Que dices! Quizá nuestra salvacion está en ellos.

WILLIAM. Esplícate.

ARABEL. Mientras que comí, ambos vinieron á cuchichearme, y lo único que he comprendido es, que un casamiento podria salvar mis derechos.

WILLIAM. Qué derechos?

ARABEL. Lo ignoro; pero me han dicho que si les concedia una entrevista, me lo esplicarian todo. En este instante me esperarán en la galería principal.

WILLIAM. Oyelos; quizás quieran casarte.

ARABEL. Cuanto me digan, te lo contaré c por b.

WILLIAM. Qué es lo que se necesita para casarse? Un cura, dos testigos... Ah! Y un contrato.

ARABEL. Acáso sabemos nosotros como se hace eso?

WILLIAM. No. Será preciso copiar uno.

ARABEL. Y donde está ese?

WILLIAM. Mis Fleming, lleva siempre uno consigo.

ARABEL. Dices bien. Yo veré de sacársele.

UGIER. Sir Roberto Cecil, desea tener la honra de hablar á vuestra gracia, de parte del Rey.

ARABEL. Que pase.

WILLIAM. Volveré á saber lo que te ha dicho... Vé corriendo á escuchar á lord Durley y lord Mungo.

ARABEL. Pronto vuelvo. (Vase.)

WILLIAM. He! Aquí está el hombre que mas miedo me da.

CECIL. (Entrando.) Y la Princesa?

WILLIAM. No tardará en venir. Tened la bondad de esperar un instante. (Saluda y vase.)

ESCENA II.

CECIL.

Valor! Mi cometido es algo cruel! Voy á contristar á esa risueña y bella niña! Oh! Que tristes cargos desempeña el hombre. Mas no hay que perder tiempo, porque su corazon despertará en breve, y el golpe será mas fuerte. (Pensativo.) Verdad es que creo sentir una especie de consuelo, aunque algo triste al pensar que al menos no será de otro... Aquí llega... Pobre criatura, cuan ignorante está de la suerte que la espera!

ESCENA III.

CECIL *y* LADY ARABELA.

CECIL. El Rey me ha confiado una comision para V. A.

ARABEL. (Sentándose.) Sir Roberto, ya podeis hablar.

CECIL. Ya sabeis lo bueno que es el Rey, y lo mucho que os ama. Esta mañana quiso manifestaros una determinacion y...

ARABEL. Sí, me dijo que jamás debia casarme, sin dignarse darme otras esplicaciones.

CECIL. No creais que es un capricho del Rey; obedece solamente á altas razones de estado. Y yo al hablaros así, solo atiendo á mis deberes con S. M. y mi patria.

ARABEL. Todos dicen que sois inflexible; mas yo no os creo enemigo mio.

CECIL. Yo! Dispensad si voy á presentaros cuadros sombríos. Sespir os ha leido ante el Rey sus terribles tragedias de

York y de Lancáster, donde los hermanos se asesinan unos á otros, donde el lecho de los huérfanos dormidos es ensangrentado, donde la cuchilla divide la cabeza del niño que repite la plegaria.

ARABEL. (Aterrada.) A qué me recordais esas épocas de horror?

CECIL. Porque de vos depende el que no vuelvan á repetirse en Inglaterra.

ARABEL. (Levantándose.) De mí? No comprendo por que.

CECIL. Los enemigos del Rey creen que María Stuardo su madre, no ha podido legarle derechos, que ella perdió con su crimen de lesa magestad... Y que vos, hija de Carlos Stuardo, sois la única que tiene lejítimo derecho á la corona de Inglaterra.

ARABEL. Quién sostiene tal cosa?

CECIL. Varios ambiciosos é insensatos, que sin saberlo vos, querian hacer valer vuestra aspiracion al trono... Dos desgraciados, que esta mañana estuvieron á punto de morir en el cadalso.

ARABEL. Jamás reclamaré esa fatal herencia.

CECIL. Lo creo; pero y si el que elijiéseis un dia por esposo, se arma de vuestros derechos justos é injustos?... Oh! Acordaos de Juana Grey! En cuanto renazcan los odios, correrá la sangre hasta que Dios se apiade de este desventurado país.

ARABEL. Creeis que yo permitiria que nadie atentase contra el Rey mi bien hechor?

CECIL. Perdonadme; pero el reposo de un gran pueblo, exije otras garantías, que una promesa por respetable que sea. Tengo fé en vuestro candor y generosidad; sin embargo, opino que por el bien del país, debeis jurar que jamás contraereis matrimonio.

ARABEL. (Aparte.) Dios mio! Si me separarán de William!

CECIL. (Reprimiendo su pena.) Llorais, porque á penas divisais la vida la veis enturbiarse por momentos! Mas es preciso tener valor y no dar lugar á la maldicion de un pueblo.

ARABEL. Con que no hay mas remedio! El Rey mismo...

CECIL. No es el Rey quien lo exije... Es la felicidad de la patria.

ARABEL. Sir Roberto, á todo me someto. (Se oculta el rostro con las manos.)

CECIL. (Arrodillándose.) Perdone V. A. lo que la acabo de decir y cuanto de penoso la prescriban mis deberes.

ARABEL. (Levantándole.) Yo os lo perdono. (Vase Cecil conmovido.)

ESCENA IV.

ARABELA.

Adios mis locas esperanzas de felicidad! Por que nos han dado la libertad para separarnos! Ah! Cuán feliz era yo en esa Torre de Londres! Oh! Olvidémoslo todo y por bien de William huiré de su presencia.

ESCENA V.

WILLIAM *y* ARABELA.

ARABEL. (Queriendo salir.) Cielos! Aquí viene!

WILLIAM. Donde vas? Por qué lloras así?

ARABEL. Todo lo sé William. Esos derechos de que me han hablado, son mis derechos á la corona.

WILLIAM. Cómo! Yo te llamaba de tú?

ARABEL. Llámame alteza si eso te agrada.

WILLIAM. Oh! no! Y cómo te impiden el que te cases?

ARABEL. Porque temen que mi marido quiera destronar al Rey.

WILLIAM. Sospechan tal cosa de mí!

ARABEL. Nadie te conoce ni sabe nada de tí, aunque así fuese, nada importaría puesto que no puedo casarme.

WILLIAM. Y ansías tú esos derechos á la corona?

ARABEL. Nunca.

WILLIAM. Pues para que nada se oponga á nuestra ventura, abdícalo.

ARABEL. Y cómo es eso? Yo no comprendo...

WILLIAM. Haciendo un escrito, renunciando en favor del Rey, todos tus derechos.

ARABEL. Basta con eso, para no separarnos nunca?

WILLIAM. Sí tal.

ARABEL. Hagamos la declaracion al punto.

WILLIAM. Diremos que por bien de la pátria y en agradecimiento de la libertad que nos ha dado el Rey...

ARABEL. Y por ser el mejor de los príncipes, cedo todos mis derechos á mi tio y señor.

WILLIAM. Y yo juraré no hacer caso de los que nos quieren hacer reyes, por bien suyo y en perjuicio nuestro.

ARABEL. Firmaremos poniendo la fécha del 4 de noviembre de 1605.

WILLIAM. Segun he oido decir, todos estos documentos hay que enviarlos á cuantos reyes existan.

ARABEL. Tambien se lo enviaremos á los conspiradores de Inglaterra para que nos dejen en paz.

WILLIAM. De ese modo ya somos libres. Nos casamos en secreto y nada tenemos que temer.

ARABEL. Y cuando nadie nos pueda separar, pedimos perdon al Rey.

WILLIAM. No perdamos tiempo... Qué te han dicho los dos lores?

ARABEL. Ambos me han pedido mi mano, jurándome cada uno en nombre del partido que representan hacerme reina de Inglaterra.

WILLIAM. (Pensativo.) Que infamia! Ambos te quieren... Oh! Dime... No te han dicho como se casarían contigo tan vigilada como estás?

ARABEL. Lord Durley, se compromete á introducir un sacerdote en el oratorio mientras el Rey está en el Consejo.

WILLIAM. Oh dicha! nuestro es el triunfo! Acepta su proposicion, pues con maña, en vez de trabajar para sí, vamos á hacer que trabajen para nosotros.

ARABEL. Tu que estás mas instruido lo harás todo.

WILLIAM. Cuando vendrán los lores por la contestacion?

ARABEL. Ahora mismo.

WILLIAM. Pues diles que sí, mientras yo me oculto tras este cortinaje. (Se oculta tras el cortinaje de la habitacion de Arabela.)

ARABEL. Aquí se acerca. Ahora van á pagarme su contínuo mosconeo.

ESCENA VI.

ARABELA, LORD DURLEY *y* WILLIAM *oculto.*

DURLEY. Entremos mientras Lord Mungo, se entretiene en la galería. (Alto.) Princesa, vengo en nombre del pueblo á saber vuestra respuesta.

ARABEL. Acepto.

DURLEY. Para evitar cualquier tropiezo, es preciso que el casamiento se verifique antes que los comunes se reunan.

ARABEL. No se reunen mañana?

DURLEY. Por eso esta tarde á las cinco, yo os avisaré con tres palmadas, mientras el Rey asiste al Consejo.

ARABEL. Tan pronto, es imposible.

DURLEY. Perdiendo esta ocasion, perdemos todo. Aquí mismo está el párroco de Gritnigren.

ARABEL. Y quién nos responde de ese hombre?

DURLEY. Ireis oculta con un velo.

ARABEL. Y los testigos.

DURLEY. Con uno basta. (William indica á Arabela que él lo será.)

ARABEL. Para mas seguridad llevaremos á William.

DURLEY. Aceptado. (Inclinándose.) Recibid la gratitud de toda Inglaterra y la mia.

ARABEL. Lord Mungo se acerca.

DURLEY. (Yéndose por la derecha.) No quiero que me vea. (Vase.)

WILLIAM. (Saliendo.) Brabo! Este nos dá una cosa y el otro nos dará el contrato... El de Mis Fleming, no nos sirve.

ARABEL. Piensa que esta noche misma á las cinco...

WILLIAM. A lord Mungo le dices que dentro de una hora... despues lo arreglaremos.

ARABEL. Ocúltate que se acerca.

ESCENA VII.

ARABELA, LORD MUNGO *y* WILLIAM *oculto.*

MUNGO. Quereis destruir á Babilonia y entrar triunfante en Jerusalem?

ARABEL. (Cómicamente.) Sí quiero.

MUNGO. Consentís en que Isaac se case con Rachel?

ARAREL. Esta misma noche.

MUNGO. Donde?

ARABEL: En el oratorio. (Con misterio.) No falta mas que el contrato.

MUNGO. Preparado se traia.

ARABEL. Dádmele.

MUNGO. (Entregándosele.) Que el Dios de Israel os inspire.

ARABEL. Lord Durley se acerca.

MUNGO. (Huyendo por la izquierda.) Evitemos su presencia.

WILLIAM. (Saliendo.) Ya somos cuatro. Ahora solo falta que cada uno de ellos, firme sin apercibirse como testigos, creyendo que firman como esposo. Ya te esplicaré como. Dejemos antes nuestra renuncia sobre esta mesa.

ARABEL. Dices bien. (Sentándose.)

WILLIAM. (Sentándose tambien.) Mientras haré nuestro contrato, copiándole del de lord Mungo. (Arabela le dá el contrato.)

ARABEL. (Escribiendo.) Proclamacion. Considerando que Jacobo, rey de Inglaterra...

WILLIAM. (Escribiendo.) «Hoy dia de la fecha, S. A. Arabela Stuardo y lord Mungo...» Cambiaré lós nombres. «Edad de cuarenta y seis años...» no son mas que quince.

ARABEL. (Escribiendo.) Mejor que mejor... «Renuncio formalmente en su favor.» Te falta mucho?

WILLIAM. Estoy en lo mas difícil... estoy renunciando los derechos de nuestros hijos.

ARABEL. Pobrecitos!

WILLIAM. «Y de todos nuestros descendientes de ambos sexos.» Si son buenos no nos maldecirán. Firma tú. (Rompe un papel.) Ahí vá el modelo de lord Mungo. (Le tira roto.) Dame la renuncia.

ARABEL. (Dándosela.) Tómala.

WILLIAM. Ahora ayúdame á llevar esta mesa allí.

ARABEL. (Trasladando la mesa con William.) Cuanto pesa!

WILLIAM. El que algo quiere, algo le cuesta.

ESCENA VIII.

DICHOS, UN UGIER *y* EL REY.

UGIER. El Rey!

ARABEL. Oculta el contrato.

REY. (A Arabela.) Tengo que hablarte, hija mia... (William saluda y vá á salir.) No te vayas, eres casi su hermano y te alegrarás de la buena noticia que traigo para Arabela.

ARABEL. Para mí, tio mio?

REY. Esta mañana vino Sir Roberto Cecil, encargado de un asunto algo desagradable.

ARABEL. Me sometí á sus designios.

REY. Ahora ya no te sometarás.

ARABEL. Qué decís, señor?

REY. Cuando Cecil me manifestó tu pena, no pude menos de conmoverme y pensar en el medio, que pudiese á la vez satisfacer á la política y á mi cariño para contigo... Ese medio le encontré.

ARABEL. Y cuál es?

REY. Tu debias vivir sin aspirar nunca al matrimonio, á causa de tus derechos? Pues bien! Si el hombre que sobre todos debe temer hagas valer tus derechos, se casase contigo, si un matrimonio uniese los intereses de las dos ramas... Qué me dirias? (A William.) Aun no me ha comprendido; ahora verás su sorpresa y su alegría.

WILLIAM. (Aparte.) No comprendo...

ARABEL. Esplicaos, señor.

REY. Como! no comprendes, que el Príncipe de Gales, mi hijo...

WILLIAM. (Aparte.) Adios mi dicha!

REY. Vaya! Puesto que es preciso hablar con claridad, para que me comprendas, tengo el honor de proponer por esposo á V. A., nuestro querido hijo Enrique Stuardo.

ARABEL. (Juntando las manos.) Dios mio!

REY. De ese modo me das las gracias?

ARABEL. Señor... Os suplico no prosigais.

REY. Prima mia, estais loca? Reusais nada menos que tres reinos, por un capricho infantil?

ARABEL. (Dando la mano á William sin que lo vea el Rey.) Mi felicidad no es esa.

WILLIAM. (Bajo.) Por mí, dejarás de ser Reina?

REY. (Colérico.) Sabeis quien es el que manda? (Viendo el terror de Arabela.) Vaya! no te asustes... mira, Villiam, ayúdame á convencerla... Mi hijo Enrique te desagrada... sea en buen hora... pero piensa que no siendo con él, no podrás aspirar al matrimonio.

ARABEL. Señor, os juro que jamás me arrepentiré de haber rehusado vuestras ofertas.

WILLIAM. (Aparte.) Gracias, Arabela!

REY. Está bien; jamás vuelvas á quejarte ante mí. (Aparte.) No pensemos mas en eso.

ARABEL. Jamás os molestaré con mis quejas, mi querido tio. (Tomándole la mano.)

REY. (Retirándola.) Dejadme, yo no soy ya vuestro tio.

ARABEL. Os enfadais conmigo?

REY. Solo á una chicuela se le ocurre rechazar al heredero del Trono.

ARABEL. No me culpeis á mí, culpad á mis cortos años, que aun no me dejan tener ambicion.

REY. Puesto que quieres ser otra Isabel, consentiré en cuanto me proponga Sir Roberto Cecil. Vayan al diablo las niñerías! (Vase.)

ESCENA IX.

WILLIAM *y* ARABELA.

ARABEL. (A William.) En qué piensas?

WILLIAM. Por mí rehusas una corona!

ARABEL. No harias lo mismo por mí.

WILLIAM. Por mi amor dejas un trono!

ARABEL. Y ciento dejaría porque no nos separasen nunca.

WILLIAM. Si te he decir la verdad, tu resolucion me causa miedo.

ARABEL. Nada temas. El Rey es mi tio y nos quiere como á hijos.

(Se oye una campana á lo lejos.) Oyes? Esa es la campana de Wesminster.

WILLIAM. Arabela, este es el momento solemne. Estás resuelta á rechazar una corona, por unirnos para siempre?

ARABEL. Con tal de verte noche y dia, lo demás poco me importa.

WILLIAN. (Arrodillándose.) Oh! Qué el cielo premie tu bondad.

ARABEL. (Abrazándole y arrodillándose.) Dios mio! Proteje contra toda tiranía á estos dos hermanos que crecieron juntos en una prision y á quienes hasta hoy no abandonasteis un punto. (Se oyen tres palmadas y se levantan.)

WILLIAM. Oyes?

ARABEL. El miedo me hace temblar.

WILLIAM. Vamos al punto.

ARABEL. El Rey se acerca.

WILLIAM. Por aquí. (Se la lleva.)

ESCENA X.

EL REY, *luego* CECIL *y á poco* ARABELA, WILLIAM *y* LA CORTE.

REY. No he tenido valor para asistir al Consejo; temo lo que van á proponer contra esa pobre niña... Nada he firmado aun y puedo recibir aquí tranquilamente.

CECIL. (Entrando.) Señor, el Consejo ha terminado y vengo á comunicaros el acuerdo tomado acerca de Lady Arabela.

REY. Qué han decidido?

CECIL. Poner en rigor la sentencia de la difunta Reina, por el cual se considera como un crimen de lesa magestad, y un atentado contra el Trono, el casamiento secreto de la Princesita.

REY. La pena es...

CECIL. Prision perpétua para la Princesa y la muerte para su cómplice! Dignaos firmar.

REY. Jamás!

CECIL. Señor! Es preferible prevenir que dar lugar á firmar sentencias. Mirad que hay quien conspira por poner en ejecucion, lo que aquí tratamos de evitar.

REY. Como!

CECIL. Segun noticias se halla en Palacio Mister Estefin. Considerad que cualquier enlace efectuado por él en Palacio, será valedero é indisoluble. Aun podeis salvar á la Princesa, advirtiéndola el peligro á que la quieren arrastrar.

REY. (Sentándose á la mesa para firmar.) Dadme... Quiera el cielo que esta horrible trama, no alcance jamás á mi idolatrada prima.

WILLIAM. (Entrando con Arabela.) Ya eres mia!

ARABEL. Y el contrato?

WILLIAM. Durley le tiene, creyendo que es tu marido; despues me le dará.

ARABEL. Y al pobre lord Mungo que vino despues, que papel le diste?

WILLIAM. Me pidió el contrato y le di el de Fleming... ya viste que contento se puso.

ARABEL. El Rey! (Se habre el fondo y aparece la corte.)

REY. (Levantándose y viendo á Arabela, dice bajo.) Cecil, no la enseñeis este acuerdo hasta que termine la recepcion. (Alto.) Estais dispuesta, prima mia?

WILLIAM. Cuando gusteis, señor.

REY. Tambien vienes con nosotros, William?

WILLIAM. (Bajo á Arabela.) Sin que nadie lo pueda evitar.

ARABEL. (Bajo al Rey.) Vendreis esta noche, para que juguemos á los enigmas.

REY. (Bajo dándola la mano.) Allá veremos. Mira, te aconsejo por tu bien que no pienses nunca en casarte.

ARABEL. (Aparte.) Ya es tarde.

REY. Marchemos, milores. (El Rey se dirije al fondo, llevando de la mano á Arabela.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LORD DURLEY.

Aun no me ha sido posible hablar á la Princesa y entregarla este misterioso aviso. (Saca un papel.) No hay mas remedio que prevenirla, pues Catesby, obligado á declarar sobre el complot donde yo he entrado sin conocer cual podria ser el resultado, acaba de manifestarme que mañana en el Parlamento, se dará el grito y estallará la revolucion con numerosos asesinatos... Y que tal vez la Princesita sea una de las víctimas. Oh! Como haria que leyera este papel? Lo mas seguro, es dejarle en esta Biblia donde lee todas las mañanas en cuanto se levanta. (Esconde el papel en la Biblia.)

ESCENA II.

LORD DURLEY, UN OFICIAL DE GUARDIAS.

OFICIAL. (Enseñándole un papel.) De orden del ministro, entregarme vuestra espada, lord Durley.

DURLEY. (Leyendo.) Sabrán ya el casamiento? Oh! No... Se trata de la conspiracion y me acusan de alta traicion... Si lo

descubren me pierdo. (Reflexionando.) Mas una vez que por mi casamiento pertenezco á la familia real, aun me queda un medio... (Dando al oficial un papel sellado.) Tendreis inconveniente, señor Oficial, en entregar secretamente al Rey este pliego?

OFICIAL. Se lo entregaré, milord.

DURLEY. Os sigo.

WILLIAM. (Entra y dice bajo á Durley.) Y el contrato?

DURLEY. (Bajo.) Está en buenas manos. (Vase con el Oficial.)

ESCENA III.

WILLIAM *y* ARABELA.

WILLIAM. Tambien va arrestado lord Mungo? Habrá querido poder mas que Cecil! Le compadezco. (Entra Arabela.) Gracias á Dios que te veo.

ARABEL. Estamos perdidos.

WILLIAM. Qué sucede?

ARABEL. Que acaban de declarar que mi enlace en secreto, se considere como un atentado al trono... Condenando á muerte á mi cómplice.

WILLIAM. Nadie sabe nuestro casamiento.

ARABEL. Es preciso decírselo al Rey.

WILLIAM. Nos esponemos mas.

ARABEL. Nos ama demasiado! No has oido que iba á venir para que jugásemos un rato?

WILLIAM. Lo mejor sería escaparnos.

ARABEL. Abandonar al Rey!

WILLIAM. Ya se vé... No tenemos quien nos aconseje...

ARABEL. Sí, William. No olvidemos lo que guió nuestra niñez. Te acuerdas lo que nos salvó un dia de irresolucion cuando estábamos en la Torre?

WILLIAM. Oh! Sí! Un versículo de la Biblia. Tienes razon. (Toma la Biblia, la abre y cae un papel.) Aquí está... Qué papel es este? (Leyendo.) «Si amais la vida, no vayais mañana al Parlamento. Se prepara un golpe terrible en el que no dudarlo, perecereis.»

ARABEL. A quién va dirijido?

WILLIAM. No dice mas.

ARABEL. Pues deja ese papel y abre corriendo la Biblia, antes que venga el Rey.

WILLIAM. Veamos. (Lee.) «La mentira es por de pronto un placer dulce, en la boca del hombre; pero á poco se convierte en el manjar mas amargo.

ARABEL. (Asustada.) Veis William, que no hay mas remedio que decírselo al Rey?

WILLIAM. Yo se lo declararé todo.

ARABEL. No. Será mejor que yo lo diga.

ESCENA IV.

WILLIAM, ARABELA, *y el* REY.

REY. (Entrando por la puerta secreta.) Vayan al infierno la etiqueta y los que la inventaron! Gracias á Dios que me veo libre entre estos dos serafines, tan risueños como felices. (Se sienta en un sillon junto á la chimenea. William y Arabela se ponen á su lado de pié.) Mirad, hijos mios, vengo resuelto á que digamos toda clase de desatinos.

ARABEL. Antes quisiéramos deciros una cosa muy séria.

REY. Muy séria? Pues desde ahora os prevengo, que el primero que me hable, no digo de cosa séria, sino de medio formal, le declaro culpable de lesa magestad.

ARABEL. Pero tiito...

REY. (Con bondad.) Tu tiito, hija mia, está cansado de asuntos sérios y ansía un momento de espansion. Ya sabeis que siempre que vengo aquí, es para reir y bromear con vosotros. Mi hijo es la gravedad personificada; mi mujer, á quien deseo larga salud, no hace otra cosa que murmurar y reñir, lo cual hace que su presencia me sea muy poco grata... Así pues, tener la bondad de recibirme con alegría y buen humor.

ARABEL. (A William.) Qué remedio! Mostrémonos complacientes.

WILLIAM. Juguemos á lo que gusteis.

REY. Así es como os quiero. No sabeis lo felices que sois. Qué no diera yo por tener vuestra edad!

WILLIAM. Cuando teniais diez y seis años no erais Rey de Inglaterra y de Escocia.

REY. Pero tenía los cabellos como los vuestros y solo pensaba en divertirme y saltar.

ARABEL. Entonces no vivíais en Waiterol, el mejor palacio de Europa, segun dicen.

REY. Ni venía á jugar á los enigmas con vosotros. Y en verdad que hoy traigo uno muy ingenioso, que no adivinareis tan facilmente.

ARABEL. Veámosle.

REY. Empezemos por los vuestros. No seais perezosos.

WILLIAM. Sino tenemos... (Bajo á Arabela.) Démosle ese papel.

ARABEL. (Bajo.) Verdad es; le haremos creer que es un enigma. (Alto. Dando un papel al Rey.) Aquí teneis.

REY. (Tomándole.) Como! En prosa? Leamos. «Si apreciais vuestra vida, no vayais mañana al Parlamento; se prepara un golpe terrible en el que á no dudarlo perecereis.» Como! Ha sido William el que ha compuesto esto?

WILLIAM. Yo? Que entiendo de conspiraciones.

REY. Acaso Arabela?

ARABEL. Nosotros nada sabemos.

REY. Pues entonces quien...

ARABEL. Lo hemos encontrado en la Biblia.

REY. (Alterado.) Ahora comprendo!.. Se trama una infernal... Oh! Esto es infame. Por eso en vuestra inocencia no habeis comprendido nada. (Tocando una campanilla.) Que venga Mis Fleming. Oh! Ni un instante de tranquilidad me han de dejar.

GIB. (Apareciendo.) Señor! Lord Cecil, acaba de llegar.

REY. Que entre al punto. (Vase Gib.)

ESCENA V.

EL REY *y* CECIL.

REY. Que traís de nuevo?

CECIL. Señor, mis sospechas han sido fundadas! Lord Durley y lord Mungo conspiran separadamente. Esta mañana no quisisteis...

REY. Quise que mi clemencia, matara su perseverante maldad. Pero toda vez que se rien de mí, creyéndome debil, porque aborrezco la sangre, veremos quien puede mas. Leed ese papel.

CECIL. (Despues de leer.) Que misterio será este!

REY. Oh! No soy tan imbecil como me creen. Sin duda preparan alguna esplosion subterranea.)

CECIL. Quien ha traido este papel?

REY. Se ha encontrado en esa Biblia.

CECIL. La vida de la Princesa, es la única que respetan.

REY. El jefe será algun pretendiente á su mano.

CECIL. Que disponeis de los dos lores, señor.

REY. Justicia para todos y sin escepcion.

CECIL. Lord Mungo desea hablar á V. M.

REY. Donde está?

CECIL. Preso en Palacio con lord Durley.

REY. Que venga.

CECIL. (A Gib que está en el fondo.) Que traigan á lord Mungo.

REY. Registrar todas las casas que rodean el Parlamento, incluso el Parlamento mismo.

CECIL. Señor, descansad en mi lealtad.

REY. Por San Jorge que he de ser tan inflexible como vos. (Cecil saluda y Vase.) William! Arabela!

ESCENA VI.

EL REY, ARABELA, WILLIAM, *luego* LORD MUNGO, EL OFICIAL Y SOLDADOS.

ARABEL. Que quereis, tio mio?

REY. Hijos mios, por esta noche se suspenden los enigmas.

OFICIAL. Señor, lord Mungo!

MUNGO. Dignese V. M...

REY. Hablad pronto.

MUNGO. Estoy arrestado y...

REY. Sus razones habrá... El Ministro tiene orden de vigilar á los traidores.

ARABEL. (A William.) Jamás le he visto tan enfadado.

MUNGO. Dígnese V. M. leer este papel.

REY. (Desplegándole y leyendo bajo.) Contrato de casamiento entre Jaime Gib y Lara Fleming. Qué significa esto?

MUNGO. Que mi posicion es escepcional y...

REY. (A media voz.) Si no habré leido bien. (Lee bajo y dice despues.) No comprendo que quereis decirme.

MUNGO. Que mi posicion en los tres reinos...

REY. (Enseñando el papel á Mungo.) Porque el aya de Arabela, Mis Fleming, quiera casarse con Gib, el cual aun no ha firmado el acta, es escepcional vuestra posicion? Sabed que no estoy de humor para descifrar enigmas.

MUNGO. Señor, el acta espresa claramente...

REY. Id al diablo con vuestra acta.

OGICIAL. Señor, lord Durley envía este pliego á V. M.

REY. (Leyendo.) «Señor, adjunta remito el acta, por la cual vereis los lazos que me unen á V. M.» Otra acta. Qué significa esto? (Lee para sí y despues dice con pena.) Oh! tambien ellos, á quienes tanto amaba!...

ARALEL. Y WILLIAM. (Acercándose al Rey.) Señor, que teneis?

REY. (Indignado.) Dejadme! Y vos Capitan, tened al page por vuestro prisionero. (Dos guardias rodean á William.)

GIB. (Entrando.) Señor, debajo del Parlamento se ha hecho un descubrimiento infame.

REY. Que nadie salga de aquí! (Señalando á William.) Capitan, recoged sus papeles y entregádmelos despues. Sígueme Gib. (Vase precipitadamente con Gib el Rey.)

ESCENA VII.

ARABELA, WILLIAM, *el* OFICIAL *y* GUARDIAS.

ARABEL. Dios mio! Qué pasa?

WILLIAM. Arabela, no te impacientes... quizás sospechen de nosotros.

ARABEL. Donde está nuestro contrato?

WILLIAM. Lord Durley, le ha puesto en sitio seguro.

ARABEL. Quiero saber donde! Deseo hablar al Rey.

ESCENA VIII.

DICHOS *y el* REY.

REY. Donde ivais?

OFICIAL. (Entregando un papel al Rey que tenia William.) Señor...

REY. (Mirándole.) Una manifestacion! Salid todos, menos William y Arabela. (Lo hacen y el Rey dice indignado.) Ya casados!

ARABEL. Piedad!

WILLIAM. Yo solo merezco el castigo, pues soy el mayor y la he inducido.

REY. Sois un ingrato. (A Arabela.) Y vos tambien.

ARABEL. Oh! No lo creais.

REY. (Paseándose y parándose ante uno y otro.) Quién os ha sacado de la prision? Quien os ha traido aquí para protejeros y serviros de tutor, durante vuestra menor edad?

ARABEL. Señor, os amamos de veras.

REY. Desgraciadas criaturas, con que me amais, pagándome con intrigas fraguadas con mis criados quizás, mis desvelos y cariño para vosotros?

ARABEL. Fingimos acceder á los intentos de lord Durley y lord Mungo, para poder efectuar nuestros deseos.

REY. Y no habeis comprendido que de ese modo escitábais las pasiones, y echábais fuego en la hoguera revolucionaria?

ARABEL. (Asustada.) Cielos! Yo ignoraba todo eso.

REY. Sabed, que bajo las bóbedas del Parlamento, donde debian sentarse en mi rededor, mi familia, mis amigos, y lo mas noble de Inglaterra, se ha encontrado una mina con varios barriles de pólvora, dispuestos á reventar en cuanto uno de esos locos enfurecidos, que para hacer triunfar á su partido, no vacilan en sacrificar amigos y enemigos, hubiese pegado fuego á la mecha.

ARABEL. Eso es infame.

REY. La esplosion debia estallar mañana, porque hoy daba armas y derechos al partido de lord Durley este casamiento que creyó haber consumado.

WILLIAM. Señor; nosotros somos inocentes de todo eso.

REY. Si tanta prisa teníais en perecer como vuestro padre, á qué condenais á esta pobre criatura á una prision eterna? Ignorais que esta mañana he jurado no firmar gracia alguna?

ARABEL. Tened piedad de mi.

REY. Quien habia de pensar, que tan cortos años alimentasen proyectos secretos contra mi voluntad?

WILLIAM. Considerad señor, que al hacerlo no conspiraba contra vos.

REY. Y esta manifestacion, que és, sino conspirar contra mí! (Leyendo alto.) «Declaracion al pueblo de Inglaterra y de Escocia. Considerando que Jacobo I, ha sido para nosotros, tan bueno como un padre, pues nos ha sacado de la prision y... etc., etc., renuncio solemnemente mis derechos á la corona en su favor. (Sollozando.) Oh! desgraciados! Qué habeis hecho? (Cae en un sillon.)

WILLIAM. Señor! Lo hemos hecho con buena intencion.

ARABEL. Prefería la muerte, á verme separada de mi compañero y único consuelo de mi prision.

REY. Vaya una razon para lord Cecil.

WILLIAM. Espondré que siendo Arabela mas jóven que yo, no es ella la culpable; vos lo apoyareis y la salvarémos.

REY. Y habia yo de dejar subir al cadalso á un niño como tú? Vaya, decidme pronto, quienes son vuestros confidentes.

ARABEL. Ninguno.

REY. Si yo encontrara un medio. Ayúdame William.

WILLIAM. Con veros llorar; he perdido todas mis ideas. (Se oyen rumores.)

REY. Qué ruido es ese?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, CECIL, GIB, FLEMING *y* SOLDADOS.

CECIL. Señor en medio de los conspiradores que nos rodean, se ha cometido un crimen de consecuencias.

REY. Dónde?

CECIL. En vuestro palacio; en la habitacion de Lady Arabela, ha tenido lugar un matrimonio secreto.

ARABEL. Estamos perdidos.

CECIL. Aquí tengo la prueba. (Presenta á Estefin.) Este miserable es el principal culpable.

ESTEFIN. Señor, he sido obligado...

REY. Quienes son los culpables?

CECIL. Habia que ponerle en el tormento para que lo confiese, pues dice que no los conoce.

REY. (Bajo á Gib.) Firmar sin demora ese acta. (Firma.)

CECIL. Recordad señor que habeis jurado no hacer gracia á nadie.

REY. Sir Roberto, cumpliré mi palabra. En cuanto á Sir Estefin, ha usado de su privilegio, haciendo el casamiento que me indicais. Ved si está en regla.

CECIL. (Leyendo.) «Contrato de casamiento entre Mis Fleming y Jaime Gib.»

GIB. (Apurado.) Cómo! Yo.

REY. (Bajo.) Obedeced. (Alto.) Habeis hecho bien en terminar un asunto tanto tiempo há comenzado.

WILLIAM Y ARABELA. (Al Rey.) Señor, sois nuestro padre y salvador.

REY. (Bajo.) Despacito... despues os ajustaré las cuentas.

CECIL. (Aparte.) Es la primer vez que me he engañado. (Mirando á Arabela.) Y no me pesa.

REY. (Aparte.) No he sido muy desgraciado hoy. Esta mañana salvé á dos lores y esta noche á estas dos criaturas. (A Arabela y William.) Vuestro contrato queda en mi poder... silencio y hasta que seais mayores vivireis como hasta aquí... pero queriéndome mas y teniendo mas confianza en mí.

ARABEL. Oh! dicha! Aun podremos jugar á los enigmas durante algun tiempo. (Abraza al Rey y dá la otra mano á William. Cuadro de reconocimiento.)

FIN DE LA COMEDIA.

CATÁLOGO

de la Administracion general de obras dramáticas y líricas,

de don Francisco Rubio,

calle de San Pedro Mártir, núm. 12, cuarto 2.º

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO.

Títulos de las obras.	Nombres de los autores.	Precios.
Al que se hace de miel.	D. Manuel García Gonzalez. . .	4
El huérfano ó el niño mendigo.	Laureano Sanchez de Garay.	4
Las pesquisas de mi suegro. . .	Manuel García Gonzalez. . .	4
Los dos preceptores.	Manuel Breton de los Herreros.	4
¡Presente, mi general!	Luis Rievra.	4
Triana la Macarena.	Eugenio Sanchez de Fuentes.	4

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Achaques de la vejez.	D. Eulogio Florentino Sanz. . .	8
Don Tello de Guzman.	Manuel García Gonzalez. . .	8
El padre de familia.	Luis Rivera.	8
El honor y el trabajo.	Idem.	8
¡Españoles, á Marruecos! . . .	Diego Segura.	8
Las aves de paso.	Luis Rivera.	8
La princesita.	Laureano Sanchez de Garay.	8
Loco de amor.	M. de Cuendias.	8

ZARZUELAS EN UN ACTO.

Atala y Chactas.	Libreto.	D. Pedro Escamilla.	4
	Música (1).	Modesto Julian.	140
Cada loco con su tema.	Libreto.	Garaciliano de Puga.	4
	Música.	Manuel Cresej.	120
Casado y soltero.	Libreto.	Luis de Olona.	4
El amor y el almuerzo.	Idem.	Idem.	4
Gracias á Dios que está puesta la mesa.	Idem.	Idem.	4
La cotorra.	Idem.	Idem.	4
La pupila.	Música.	Joaquin Miró.	120
La cruz de los Humeros. . . .	Idem.	Manuel Cresej.	200
La zarzuela (Mitad).	Libreto.	Luis de Olona.	4
Las bodas de Juanita.	Idem.	Idem.	4
Lo que de Dios está.	Idem.	Graciliano de Puga.	4
	Música.	Manuel Cresej.	140
Los dos ciegos.	Libreto.	Luis de Olona.	4
Pablito.	Idem.	Idem.	4
Por un paraguas.	Idem.	Luis García Luna.	4
	Música.	Lázaro Nuñez-Robres. . . .	140

---

(1) Toda partitura que se pida por los representantes de esta galería, se considera como vendida, y á los mismos han de responder de su importe.

3 0112 115875350

EN DOS ACTOS.

Títulos de las obras.	Nombres de los autores.		Precios.
Bruschino.	Libreto.	Sres. Olona y Pina.	6
De incógnito.	Idem.	D. Cárlos Frontaura.	6
	Música.	Sres. Giosa y Cepeda.	300
El postillon de la Rioja.	Libreto.	D. Luis de Olona.	6
El resucitado.	Libreto.	Luis Rivera.	6
	Música.	Tomás Gonzalez Yañez. .	280
Entre mi mujer y el negro. . . .	Libreto.	Luis de Olona.	6
La cola del Diablo.	Idem.	Idem.	6

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Amor y misterio.	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
Amar sin conocer.	Idem.	Idem.	8
Catalina.	Idem.	Idem.	8
Campanone.	Libreto.	Sres. Frontaura y Rivera. . .	8
	Música.	Sres. Mazza y Di-Franco. . .	360
El arca de Noé.	Idem.	D. Manuel Crescj.	320
El valle de Andorra.	Libreto.	Luis de Olona.	8
El hijo de familia ó el lancero voluntario.	Idem.	Sres. Olona García Gutierrez y Ayala.	8
	Música.	Varios maestros.	300
El sargento Federico.	Libreto.	D. Luis de Olona.	8
El juramento.	Idem.	Idem..	8
El paraiso en Madrid.	Idem.	Luis Rivera.	8
Galanteos en Venecia..	Idem.	Luis de Olona.	8
Los Magyares.	Idem.	Idem.	8
Los Circasianos.	Idem.	Idem.	8
Mis dos mujeres.	Idem.	Idem.	8
Un viaje alrededor de mi suegro. .	Idem.	Luis Rivera.	8

OBRAS.

Ecos nacionales..	D. Ventura Ruiz Aguilera. .	12
Veladas poéticas.	Id.	6
El beso de Judas.	Id.	6

Las tres obras anteriores, juntas, 16 rs.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.